

MUSEO DE LAS FAMILIAS.



BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL



INTRODUCCION.

El día primero del presente año de 1847, recibí la siguiente carta: «SEÑOR DIRECTOR DEL MUSEO DE LAS FAMILIAS.—Doy á vd. la mas completa y cordial enhorabuena por el feliz aniversario del mas querido de sus hijos. Según era de suponer, al anunciarnos que ha cumplido un año mas, nos asegura, y así debemos

creerlo, que el jó-
ven adelanta y vá
ganando en talen-
tos, consecuencia
precisa de la es-
merada educacion
que vd. le dá; tam-
bien nos dice que
en este año se en-
galanará cual cor-
responde á un jó-
ven bien nacido,
hijo de un papa
pródigo. Esto á la
verdad no era pre-
ciso que vd. lo re-
pitiera porque tie-
ne dadas pruebas
de elegancia y es-
merado gusto, ni

tampoco (aunque se le dispense como amor propio de padre) insistir en la bondad de los principios que ha adquirido, en su modestia y moralidad. Todo eso lo sabemos, pero vd. no quiere que se olvide; por mas que nadie ignore que es un muchacho de provecho, muy instruido y que habla como un libro abierto, lo mismo de historia que de geografia, de costumbres que de viages, de industria que de bellas artes; por mas que todo el mundo esté seguro de que el chico es un prodigio, y por mas que estemos convencidos de que dirige su educacion acertadamente, vd. no quiere dispensarnos de su programa anual, ni omitir la fórmula de presentacion, que puede interpretarse poco mas ó menos de este modo:

—Señora, tengo el honor de presentar á vd. el mejor de mis hijos, que por el nombre, reputacion y fortuna que ha adquirido, lo juzgo digno de que vd. le dispense su proteccion y amistad.

—Mucho me alegraré, caballero, de que vd nos honre con sus visitas, siquiera una vez al mes. Mi hija y yo tendremos el mayor placer en tratar de cerca al hijo....

—De mi papá, y humilde servidor de vd.

—Gracias, caballero *Museo*: supongo que tendrá vd. la amabilidad de contribuir con su presencia á hacer menos penosas las interminables noches de este interminable invierno.

—Esa es toda mi ambicion, señora, y si logro ganar su aprecio me tendré por muy dichoso.

—Basta reconocer sus prendas recomendables para juzgarle favorecida; y crea vd. que no soy muy pródiga en estos ofrecimientos. Está una tan escarmentada!... Ya se vé, las madres que tenemos hijas debemos mirarlo mucho antes de franquear nuestra puerta. Está tan pervertida la sociedad!...

—Nada debe vd. temer en ese punto, señora; mi hijo, no es porque yo lo diga, pero es muchacho que se le puede admitir sin recelo en el seno de las familias. A su instruccion, á sus buenos modales, como hombre que ha viajado mucho, reúne tambien otros conocimientos agradables. Referirá á vds. algunas novelas....

—¡Novelas!... ¡qué horror! perdone vd. que le retire mi confianza. En oyendo hablar de novelas me dá el ataque de nervios. Habrá aprendido á E. Sue, á Jorge Sand.... ¡Jorge Sand!!! un hombre que no es hombre sino muger, y que....

—No tenga vd. cuidado, señora, que las novelas de mi hijole agradarán, porque sus heroínas todas ó mueren en un convento hechas unas santas, ó se casan y viven felices y tienen hijos, y ellas, y ellos y los maridos son muy virtuosos, y si alguno sale malo lleva el condigno castigo.

Todas tienen como las comedias su moraleja, y en todas como en el teatro sucedia antiguamente

Triunfa la virtud
Sucumbe el vicio.

—Eso ya es otra cosa: las oiremos con mucho gusto y no me arrepiento de lo dicho; que venga cuando quiera y cuanto mas á menudo mejor.—¡Muchacho! (al criado) siempre que venga el caballero *Museo*, que pase á mi gabinete.

—Gracias, señora, gracias por el favor.

Tal es en sustancia el diálogo que precede á una primera presentacion y como está seguro de agradar á las niñas por su figura, echándola de formalote y juicioso se insinúa en el corazon de las madres, de manera que si no estuviésemos tan convencidos de sus ideas de independencia y de que sus rentas le sobran para vivir con ostentacion, y aun para hacer algunos *regalillos* por via de aginaldo á sus amigos, podria creerse que aspiraba á contraer matrimonio con alguna rica heredera de las pocas que van quedando, aunque fuese mas fea que un trueno; pero como esto no puede ser porque sabemos evidentemente que no es el matrimonio su vocacion, presumo que lo que quiere es adquirir popularidad, pretension muy disculpable en estos tiempos en que tan facilmente la adquieren otros con menos motivo. Creo, pues, que su modestia, sus regalos, sus visitas y sus programas, no tienen mas objeto que el deseo de agradar y granjearse partido; por lo mismo, y porque lo quiero mucho á él y á vd. por concomitancia, me atrevo á significar á los dos un deseo que podrá parecerles inútil, pero que no lo es atendido el fin que han tenido otros jóvenes aventajados tambien, por despreciar los consejos de sus amigos. El mio se reduce, señor Director, á que cuide de que su hijo á fuerza de querer parecer instruido no se vuelva petulante; que no olvide que la variedad de conocimientos y la amenidad en el modo de espresarlos, es todo en este siglo de ideas y cosas superficiales: que siga mostrándose agradecido, consecuente y puntual, como hasta aquí, y de fijo el número de sus apasionados aumentará diariamente. Esto es lo que desea y le aconseja—*Un suscriptor constante.*»

Por mas que la carta esté escrita con sobrado desaliño, no puede negarse que es verdaderamente original; por lo mismo no he querido dejar de insertarla y por otra razon mas poderosa; porque sin mas que añadir que se cumplirán los deseos del *suscriptor constante*, tengo escrita la introduccion de este tomo.

F. DE P. MELLADO.



GLORIAS DE ESPAÑA.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

I.



TRES poderosos estados de la cristiandad prestaban sus armas para humillar de una vez el orgulloso poder del mahometismo, que amenazaba y aun había invadido ya dominios de las potencias cristianas. Selim II, cuya armada surcaba impunemente las ondas del Mediterráneo, se había apoderado de la isla de Chipre, provocando así una lucha sangrienta, y atrayendo contra sí las fuerzas confederadas de Roma, Venecia y España. Despertábase el espíritu marcial en los nobles hijos de esta potencia, á la que correspondía tomar la iniciativa en la nueva cruzada, y de todas partes acudían jóvenes animosos y aventureros, á tomar parte en la expedición. Hallábase en Nápoles la escuadra española de don Alvaro Bazan, primer marqués de Santa Cruz, en la que se había de embarcar el tercio de don Miguel de Moncada, que entre otros famosos capitanes tenía á sus órdenes á Diego de Urbina. A este fué á quien se le presentó cierto día, solicitando servir á sus órdenes, un mancebo de mediana estatura, bien barbado, ojos vivos, nariz aguileña, alta y despejada frente. Agradóle al capitán el varonil continente de aquel mozo, que aparentaba tener como unos veinte y siete años, y le preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

—¿De dónde sois?

—Yo, señor, nací en Madrid (1) y he corrido ya varias tierras para combatir mi pobreza y mi adversa fortuna. Ahora vengo de Roma, donde estuve de camarero con el cardenal Acuaviva. Abandoné su casa cuyo sosiego se avenía mal con mi guerrera inclinación, y deseo satisfacerla á vuestras órdenes en la expedición que se prepara.

—Que me place, respondió el capitán; mozos de resolución y valor son los que yo quiero; resolución os acompaña y valor no dudo que le tendreis. Pasad cuando gustéis á bordo de la galera *Marquesa*, y si tanto ansiáis distingueros, por mi vida que habeis de hallar bien pronto la ocasión.

Así fué, como el valiente capitán lo había pronosticado. La armada se hizo á la vela á mediados de septiembre de 1571, y ya el 7 de octubre del mismo año avistaba á la flota enemiga en el golfo de Lepanto. Allí fué donde las fuerzas de España, Roma y Venecia, mandadas por don Juan de Austria, consiguieron la mas célebre victoria naval que cuentan los españoles, y en la que cupo no pequeña gloria á nuestro Cervantes. Hallábase postrado en

cama con calenturas, y por lo mismo dispensado por los gefes de hallarse en la acción; mas al empezar esta y luego que las descargas de artillería le ponían en continuo sobresalto y conmoción, creyendo que era él solo el que se había de quedar sin combatir en aquella jornada, y pareciéndole «que el soldado mas bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga,» saltó del lecho y fué á reunirse con sus compañeros sobre cubierta. Nadie advirtió su presencia, hasta que llegado el momento del abordage, que fué á la capitana de Egipto, vieron á Cervantes saltar de los primeros y asir el estandarte real, del que se apoderó á costa de tres arcabuzazos, uno de los cuales le llevó la mano izquierda, cuya falta fué despues un perpétuo y orgulloso recuerdo de su esfuerzo.

II.

El valor y distinguidos servicios de Cervantes no fueron suficientemente premiados, ni llegó á verse realizado el designio que tuvo don Juan de Austria de hacerle capitán. Siguiendo las banderas de su nación, hallóse en todas las expediciones notables que se hicieron á Italia y Sicilia, hasta que deseoso de probar fortuna en la corte, para donde traía cartas de recomendación, se embarcó para España en la galera el *Sol* en compañía de su hermano don Rodrigo. No bien se hallaban en alta mar, cuando descubrieron tres bageles turcos que les venían dando caza. Perteneían aquellas naves á la escuadra de Arnaut Mami, y venían mandadas por Dali Mami, renegado griego de su mayor confianza; pero los caballeros españoles no eran hombres capaces de rendirse sin una desesperada resistencia, y despues de haberse distinguido en un desigual y obstinado combate, hubieron de ceder á los enemigos. Desde entonces Cervantes quedó con su hermano cautivo de Dali, siendo las cartas y papeles que le encontraron un motivo para que tuviese en mas estima su persona y se hiciese mas difícil su rescate. Cervantes con su ingenio y audacia pudo escaparse varias veces del cautiverio; pero unido con caballeresca honradez á sus compañeros de infortunio, no quería la libertad, si todos no la habían de disfrutar. Concibió nada menos que el proyecto de sublevar los cautivos y alzarse con la ciudad á favor de la España. El era quien los sostenía y consolaba en sus penalidades, y cuando amargamente clamaban:

—¡Nunca! nunca volveremos á ver á nuestra amada España....

—Quien sabe, amigos, les decía: Dios solo es quien tiene en sus manos el destino del hombre, y no se habra olvidado de nosotros. No perdais las esperanzas.

—Nuestra esperanza es la muerte, despues de largos dias de padecimientos.

—Yo apresuraré el momento de vuestra libertad.

Entonces les reveló las condiciones de su proyecto, que ellos escucharon aterrados, y como le hiciesen presente los peligros á que se esponía, replicó:

—No hay que disuadirme de lo que una vez intenté. Os comprometo á todos si tratais de estorvarme, al paso que puedo salvaros, ó sino morir con gusto por todos vosotros.

Las tramas de Cervantes no tuvieron otro fin, que el

(1) Constá de la partida original de su rescate, hallada entre los libros y papeles de los padres trinitarios, desinados á la Biblioteca nacional, despues de la estinción de dichos religio os.

desgraciado que habían predicho sus compañeros. Alunos se salvaron, es verdad; pero el plan se malogró, y Cervantes, blanco del furor de los bárbaros, fué llevado á presencia del rey Azan que quería saber los pormenores y cómplices en la trama. Cervantes con noble entereza se obstinó en guardar silencio, por lo que exasperado el africano, mandó venir á los terribles ejecutores de sus sentencias, y poniendo el fatal cordon al cuello de Cervantes, le dijo por última intimación.

—¡Perro, declara quienes son tus cómplices!

El magnánimo Cervantes sereno é impassible, dió entonces una prueba de su grandeza de alma, contestando solemnemente:

—Si acaso existe algun culpable en este asunto, el único soy yo.

Tanta generosidad y firmeza fascinaron hasta á el mismo africano, que mandando retirar á Cervantes sin hacerle daño, dijo:

—Llévadle á la mas profunda prision, porque mientras no tengamos bien asegurado á este altivo español, ni está segura la ciudad, ni los bienes, cautivos y bageles.

III.

Florencia por entonces en el seno de la cristiandad española una congregacion de hombres que animados por el fuego de la mas ardiente caridad, tenían por instituto el pasar á costa de inmensos peligros y sacrificios, á las africanas costas, para rescatar á los infelices cautivos que gemían en las mazmorras. Ni les arredraba el temor de el borrascoso mar, ni el escarnio que de ellos hacían los enemigos de la fe; ni les hacían olvidar su santa y benéfica mision, el temor de los calabozos, ni el horror de los tormentos y martirio que muchos sufrieron. Constantes en su santo propósito acudían de nuevo á favor de los infelices cristianos, y cuando apuraban en su rescate, así las cantidades que ellos habían aportado, como las que les eran entregadas por los parientes de los cautivos, ellos mismos, arrebatados de su ferviente celo, se quedaban en lugar de otros infelices. Gloria es tambien de nuestra nacion, que en ella haya tenido origen y florecido esta orden de la *Redención de cautivos*, cuyos eminentes servicios no pertenecen solo á nuestra patria, sino que están escritos con gratitud en la historia de toda la cristiandad. Cuan importantes fuesen por aquella época se deduce de que los laureles de Lepanto frescos todavía, no habían bastado á impedir que los piratas berberiscos cruzasen las aguas del Mediterráneo, infestasen nuestras costas y tuviesen millares de cautivos cristianos en sus mazmorras. De ellas libraron á Cervantes los PP. trinitarios.

Entró un día en el puerto un bagel con las insignias de la redencion, á bordo del cual venían los padres con varias limosnas, y entre ellas la del rescate de Cervantes; pero esta cantidad, aunque era el fruto de las economías de sus padres y el dote de sus hermanas, no bastaba á satisfacer la codicia de los bárbaros. Graduaban ellos el precio de Cervantes, no por la humildad de su cuna, sino por el concepto que tenían de su valor y merecimientos, así es que la cantidad solo sirvió para el rescate de su hermano Rodrigo, con quien eran menos exigentes los moros.

—¡O los dos ó ninguno! decía Rodrigo á su hermano; tu suerte hasta ahora ha corrido parejas con la mia, y por mejorarla no he de abandonarte en esta tierra de maldición.

—No ha de ser así, contestaba Cervantes: parte á consolar á nuestros afligidos padres. Yo, estropeado para el resto de mis días, poco aventuro en quedarme aquí, al paso que á ti aun te está reservado un venturoso porvenir.

—¿Y habré de consentir en que hagas por mí tan terrible sacrificio?

—Si; con una condicion.

—¿Cual?

—De que no me olvidéis.

—¡Oh yo te lo prometo!

Partió Rodrigo y aun tuvo el gusto de abrazar á su anciano padre, gusto de que careció Cervantes. Despues fué á incorporarse á las tropas de Felipe II que marchaban á la conquista de Portugal; pero antes, fiel á su palabra y á los lazos de la sangre, dejó bien asegurado el rescate de Cervantes. Su madre y hermana hicieron el postrer esfuerzo, aprontando entre las dos hasta quinientos ducados, que unidos á los caritativos socorros de los padres trinitarios, Gil y Bella, consiguieron que el 19 de setiembre de 1580 se rompiesen los grillos del que ilustrando á la Europa con sus escritos, había de ser la mayor honra de su patria.

IV.

Veinte y dos años despues hallábase Miguel de Cervantes Saavedra preso en la carcel de Argamasilla, pueblo de la Mancha. Una de esas rencillas populares, sugeridas por el odio y prevencion que hay en los pueblos contra los forasteros, hizo que Cervantes, á quien los deberes de su destino obligaron á chocar con los labriegos, fuese por ellos encerrado en la cárcel; mas no pudiendo encerrar su espíritu, á esta circunstancia se debió el que saliese con libre vuelo á llenar los ámbitos de Europa. Ocupábase por entonces Cervantes en comisiones y empleos que pudieran ayudar su precaria existencia, abandonada ya la carrera de las armas que tan tristes resultados le había producido, así en su primera campaña, como en la de Portugal que hizo despues de su cautiverio, y en sus expediciones militares á Mostagan y Oran. Habiase dado á conocer ventajosamente en la carrera literaria con la publicacion de la *Galatea*, retrato y obsequio á su esposa doña Catalina Palacios, y con la representación de algunas comedias de las muchas que escribió. La pasión de escribir se despertaba en él con mayor vehemencia, y entonces que la soledad de la cárcel y su forzado reposo favorecian el vuelo de su imaginacion, necesitaba espresar las ideas que á ella se presentaban. Su fecundo ingenio y su facilidad de invencion, necesitaban sin embargo para esplayarse una obra de grandioso pensamiento, de sublime objeto moral, de formas nuevas y gigantescas dimensiones. De repente, en el seno de aquella desde entonces memorable carcel, se presentó á Cervantes la idea de esta obra, y poseído del entusiasmo que le inspiraba su extraordinaria creacion, emprendió su trabajo, lleno de gozo por reconocer en si la posibilidad de ejecutarle.

Poco tiempo despues apareció la primera parte del *Don Quijote de la Mancha*, y aquella obra concebida en la estrechez de una carcel, llena hoy los confines de la tierra: la que apenas fué leída al tiempo de su publicacion, cuenta hoy repetidas ediciones en todos los idiomas cultos de Europa, y la que siendo una improvisacion en que Cervantes cedía al impulso de su poderoso genio antes que á pulirla, es sin embargo la joya mas preciosa de la literatura española.

Aunque la colosal reputacion del Quijote parece que eclipsa algun tanto las demas obras de Cervantes, no constituye solo aquel los títulos de su gloria literaria. Cuando en los últimos años de su vida vivía retirado en Madrid, en una humilde casa en la calle de Francos, esquina á la del Leon, al recordar tristemente los azares, heridas, peligros y cautiverio de su juventud, la envidia y odio de sus contemporáneos y la humildad y pobreza que le acompañaban hasta su desconsolada vejez, un solo motivo tenía Cervantes para desechar tan sombríos pensamientos, y era dirigir su vista á las obras de su ingenio,



entre las que además del *Quijote* y *Galatea*, se contaban mas de treinta comedias y algunos entremeses, once novelas, el *viage al Parnaso*, y la ingeniosa sátira del *Buscapie*. Una obra habia allí tambien de largo tiempo prometida y en la que no menos luce la invencion peregrina

del autor: el *Persiles* y *Sigismunda*. Cervantes, ya victima en el lecho, de la enfermedad que le llevó al sepulcro en abril de 1616, tomó la pluma y dedicó dicha obra al conde de Lemos, el único que habia sabido comprender á Cervantes y ser su mas constante protector.



Miguel de Cervantes Saavedra.

Esta serenidad de Cervantes á vista de la muerte, este dominio sobre sus facultades no es lo menos digno de notar en su maravillosa vida. El dolor físico ha perdido para él toda su nociva influencia. Nada le abate, nada le espanta, porque la llama sagrada que resplandece en su frente, porque el fuego divino que agita su alma le consuelan en los momentos de amargura y le fortalecen en la adversidad. Lejos de temer la muerte la espera en calma, preparado y gozoso. Ya puede morir, pues ha cumplido su mision sobre la tierra, pues ha dado el ser á todo lo que existia en su alma, y en sus admirables

creaciones ha consignado á las generaciones venideras mil felicidades para el porvenir. ¿Qué le importa el morir pobre y olvidado de sus contemporáneos? ¿Qué le importa en fin, que hayan desconocido su preclaro talento? Sus ojos penetrando al traves de la obscuridad de los siglos, ven y gozan de antemano de aquella popularidad inmensa, de aquella inmortalidad que él ha pronosticado á sus obras, y por ultimo, allí ante su lecho de muerte, allí está la imponente figura de la posteridad, que fijando sus ojos en el héroe moribundo, le dice: ¡Yo te vengaré!

V.

El olvido y la ingratitud de sus contemporáneos persiguieron a Cervantes aun mas allá de la tumba; mas ya la posteridad reconoce su injusticia, se arrepiente de su ingratitud, repara su desdenoso olvido, y en este siglo destinado á reparar las faltas de sus antecesores, vemos que al fin se rinde el homenaje de gratitud y veneracion á tan sublime ingenio. Cervantes habia pasado una vida de aventuras y desgracias como otros grandes ingenios, sumidos en la pobreza y abandono. Fué pobre como lo fueron Homero y el Taso; tuvo que malvender sus inimitables producciones, como lo hicieron Milton y Dryden, y falleció en el abandono como Corneille, Camoens y Gilbert. La mayor parte de estos hombres célebres ya tenia estatua erigida á su memoria, y Shakespeare que murió (aparentemente por la diversidad del calendario Gregoriano) en el mismo día que Cervantes, ya hace tiempo que reposa en Westminster á el lado de los reyes, los sábios y los héroes de Inglaterra. Otros hombres medianos han conseguido este honor, y solo el manco de Lepanto, el cautivo de Argel, el favorecido de las musas, el autor del Quijote, el orgullo de nuestra literatura y nuestra patria, á la que honró con sus obras y por la que supo verter su sangre, carecia de un monumento que perpetuase su memoria. Madrid, su patria, debia ser la primera á tributarle este testimonio de consideracion pública; pero el que en vida fué rescatado con la limosna de la redencion de cautivos, tuvo despues de su muerte que esperar se le aplicase la limosna del indulto cuadragesimal para la ereccion de su estatua, y aun esto no se verificó hasta la época de un comisario de cruzada, celoso por la prosperidad de las artes y las glorias nacionales.

Ya desapareció la humilde casa en que habitó Cervantes en la calle de Francos; pero en esta calle, hoy llamada

de Cervantes, y en la casa nueva que ocupa el lugar de la antigua, se ostenta en alto relieve su busto de mármol blanco, adornado de trofeos simbólicos de su vida, y una inscripcion en letras doradas, que revela como allí vivió y murió tan célebre ingenio.

Su estatua de bronce puesta sobre su pedestal con relieves del mismo metal y circuida de verjas de hierro, se halla colocada en la plazuela que hay en Madrid mas inmediata á dicha vivienda. Ni el despejo de esta plazuela, ni el pedestal de la estatua favorecen mucho el lucimiento de una de las mejores obras de escultura hechas en este siglo. Cervantes vestido sencillamente á la usanza del siglo en que vivió, está en actitud de cambiar el paso, lo que da á la figura movimiento y dignidad. El brazo derecho dirigido hácia delante con notable desembarazo, empuña un rollo de papeles, signo del literato, mientras que el izquierdo, mutilado por la herida, se halla oculto bajo el ferruero que pende de los hombros, y bajo el cual asoma la espada, indicio de su profesion militar. La estatua fué hecha en Roma, por profesor español, que con la verdad histórica y la verdad del arte nos supo representar á Cervantes con su noble rostro, frente espaciosa, ojos vivos y actitud franca y gallarda; ¡Llor al artista y gloria á ti, gran Cervantes, gloria á ti! Gloria al príncipe de los ingenios españoles, que se formó y nos ha dejado en sus obras un monumento mas estable y duradero que los mármoles que se han erigido á su memoria. Nos felicitamos al ver premiado tu mérito, y estimulado el ardor de una juventud que ansiosa de gloria y amante de las de su país, anhela seguir tus huellas. Si: tu serás nuestro modelo, tu estatua nos inspirará y aun aplaudirá nuestros esfuerzos desde lo alto de su pedestal, mientras que nosotros, contemplándola con entusiasmo y alegría, la coronaremos con el verde laurel del guerrero y del poeta y arrojaremos á sus plantas guiraldas de mirto y siempreviva.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

VIAGES.



Templo de San Juan de la Resurreccion junto á Acre.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA CONQUISTA DE VALENCIA

POR EL REY DON JAIME.



Presentan los historiadores a don Jaime I de Aragón como un rey de hermosa figura, de alma muy grande, así en la fortuna como en la desgracia, íntegro, amante de la justicia, afable en el trato con sus súbditos, muy duro en las fatigas de la guerra, y dotado en fin, de un valor admirable. A su inherente intrepidez debió que ocupase su nombre un lugar esclarecido en las páginas de la historia, conociéndole la posteridad con el título de *Jaime el Conquistador*; nombre justamente adquirido, si se considera el grado á que elevó su espada, siempre victoriosa, las barras de Aragón.

La conquista de Mallorca es buen testimonio de lo que hizo este valiente monarca en una sola campaña, y hubiera hecho mucho más á no haber mediado la falta de recursos con que entonces contaba; pues dice el cronista Benthier, que don Jaime se mantuvo largas temporadas de la caza, y que para emprender el glorioso cerco de Valencia tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para comprar cuarenta caballos de su guardia. Tal era el estado de los reyes hace seis siglos, y tal la condición á que se veían reducidos por el feudalismo: así es que si los nobles no les ayudaban con dinero y con soldados, rara vez podían emprender una campaña.

Hallábase, pues, don Jaime en la villa de Alcañiz por el mes de mayo de 1255, descansando sobre los laureles de sus victorias, cuando sucedió la revolución de Valencia, en la que el ambicioso *Zaén* arrojó del trono al rey moro *Aceite-Buceit*. Perseguido el árabe desgraciado con una crueldad inaudita, se vió en la necesidad de implorar el amparo del generoso don Jaime, y presentado en Alcañiz con los criados fieles que le acompañaban, fué recibido con la ostentación y miramiento que la urbanidad y la política en tales casos reclaman. Este importante suceso no pudo menos de avivar en don Jaime el deseo que su corazón ansiaba, decidiéndose por favorecer al caído y á su sombra comenzar la conquista de Valencia; mas no se atrevió á proponer el proyecto á los nobles, porque no le juzgaran temerario, y porque los árabes tenían crecidas fuerzas y muchos castillos y plazas. Antes de indicar el pensamiento trató de explorar las voluntades con el objeto de aprovechar la primera ocasión que se le presentara.

Paseando un día por la galería descubierta de su palacio, meditando tranquilamente sobre el plan de la conquista, entraron muchos caballeros, nobles y prelados, á prestar el homenaje debido á su monarca. Besaron la real mano, como era de costumbre, y después de los saludos consiguientes creyó don Jaime no malograr el tiempo con referirles en tono familiar las hazañas heroicas de los cristianos en la guerra de Mallorca.

Escucharon atentos á su rey; el interés entre los caballeros del círculo crecía cada vez más; pero no pudiendo

ocultar sus indicaciones respecto de la nueva guerra de Valencia, tomó la palabra el maestro de los hospitalarios *Nuch de Fullalguer* hablando de esta manera:

—No cabe duda, señor, le dijo, que á vuestro valor se debe la conquista de Mallorca. ¿Por qué, pues, no emprendemos la de Valencia? El anhelo de vuestros mayores siempre fué este, y este es mi voto en tan árdua pero fácil empresa.

—Precisamente, noble Fullalguer, contestó el rey, esperaba vuestro parecer en el asunto para decidirme á ello. Por mi parte mañana mismo montaría á caballo, empuñaría la lanza y os conduciría á la victoria; pero bien conocéis que necesito vuestra ayuda, caballeros, que necesito vuestras tropas para formar un ejército respetable que abata el orgullo de la media luna. Quisiera, por tanto, que pues nos hallamos conformes, nos dijese don Blasco de Alagon, que es el más inteligente entre todos, cómo y cuándo deberíamos emprender la guerra para conseguir el éxito feliz que apetecemos.

—Mi dictamen, replicó don Blasco, es que se empiece sin perder momento; que no se hable de otra cosa que de la guerra santa para arrojar el estandarte africano de los muros de Valencia, y que todos los nobles apronten sus gentes de armas para la lucha.

Exaltados los ánimos por el amor á la gloria, recibieron todos el discurso de don Blasco entre aplausos y palmadas de aprobación. No restaba más que propusiera el rey, como lo hizo en seguida, el orden de la campaña, y jurando sobre la cruz de sus espadas no dejar las armas hasta conseguirlo, lanzaron desde la galería el grito de guerra santa que resonó en todo Aragón. —Partieron los nobles como el rayo á levantar gente en sus señorios. El valiente don Blasco se encargó de la toma de Morella, que conquistó sobre la marcha, y reunidos allí los combatientes de varios puntos del reino marcharon sobre Burriana, punto muy fortificado por los árabes. Detenidos en el cerco de esta villa por la tenaz resistencia de los sitiados, comenzaron á desmayar los aragoneses por la falta de viveres y porque nada podían adelantar. A tal punto llegó su desmayo que habiendo propuesto á don Jaime la retirada

—Pormi corona, contestó el rey, no volveré á Aragón sin que antes sea señor de Valencia ó perezca en la demanda.

Continuóse el sitio con el mismo ardor y con la misma constancia que al principio. Viendo *Zaén*, rey moro de Valencia, lo imposible que era levantar el cerco por la fuerza apeló á la intriga; pero.... vana esperanza. Envió á decir á don Blasco que daría todo el oro que pidiese don Jaime siempre que abandonara la empresa, ofreciendo además gratificar con esplendidez á todos los caballeros que en este asunto intervinieran. —El interés sin embargo, móvil siempre de las acciones más villanas, hizo que don Blasco vacilase y propusiera á los nobles la retirada. Convenidos en ello fueron en comisión á la tienda del rey, el caballero don Jimenez de Urrea, don Rodrigo de Lizana y don Blasco de Alagon, para aconsejarle, que si el sitio habría de levantarse después por la fuerza de las circunstancias, mejor y más fácil era arreglarse por dinero con el rey moro de Valencia. Mucho afligieron al valiente monarca estas últimas palabras; mas no respondió por el momento nada. En la mañana siguiente, al rayar el alba, llamó á su tienda al justicia mayor de Aragón y á su hermano Perez de Tarazona. Por consejo de estos, y en medio del sentimiento que es propio en un va-

hiente cuando vé la victoria malograda, juntó á todos los caballeros de su entera confianza:

—Ya visteis, nobles caballeros, les dije, las promesas que me hicieron los grandes cuando en la galería de Alcañiz me juraron obediencia, ¡ya veis lo que los cobardes ahora me aconsejan! Pues bien; prefiero antes de retirarme, que una saeta traspase de parte á parte mi cabeza.

—Nosotros, le contestaron, ofrecemos á V. A. nuestro apoyo y nuestras fuerzas, ¿pero qué son estas, señor, si los nobles os abandonan?

—No importa, replicó el monarca entusiasmado, que huyan los cobardes de la gloria. Vuestro auxilio me sobra. Además, yo llamaré á los obispos, los grandes de Cataluña y las comunidades de mis pueblos: les rogaré que se queden conmigo, me lo concederán, y entonces, los que quieran marcharse, corridos por la vergüenza se detendrán también, y tomaré á Burriana á pesar del diablo y de los malos consejos.

Puso el rey en práctica el pensamiento, y dada la voz de alarma, todos se ofrecieron de nuevo, cayendo en completa desaprobación la retirada del sitio. Cada noble trató de acreditarse en particular, haciendo proezas de valor por no desmerecer á la vista del rey don Jaime que les enseñaba con el ejemplo: ellos, sin reparar en los peligros, trabajaban entusiasmados por abatir en cierto modo el orgullo de los contrarios; ellos acudían á todas partes donde el honor les llamaba, y por fin estrechados los árabes por el tercio que mandaba junto al muro don Bernardo Guillen, se ordenó el asalto y obligó á que capitulase la fortaleza de Burriana el día 16 de julio de 1255.

Tomado ya este baluarte, que los árabes creían inespugnable, corrió la fama de boca en boca admirando los contrarios el valor y la hidalguía cristiana. Tal fué el desaliento, que los árabes que ocupaban á Peñíscola enviaron un mensaje al rey don Jaime pidiéndole bajo su dominio, de cuya plaza fué tomada posesión el 22 de setiembre siguiente.—Desde este momento todos fueron triunfos y victorias; casi á la vez se rindieron unos por capitulación y otros por fuerza, los castillos de Chisvert, Cervera, Polpis y Uldecona. Las armas cristianas no se detuvieron hasta poner el cerco al fuerte de Moncada, que fué tomado también con mil doscientos cautivos y grandes riquezas. El 15 de enero de 1254 se tomó por asalto el castillo conocido por el Puig, en donde encontrada debajo de una gran campana la milagrosa imagen llamada *la Virgen del Puig*, fué presentada al ejército como agüero feliz y como terminación de la campaña.

II.

Cerca ya de los muros de Valencia el ejército cristiano, que constaba de unos ocho mil infantes y setecientos caballos, supo el rey don Jaime, por un cautivo escapado de la plaza, que *Zaén* venía á atacarle al frente de cuarenta mil infantes y ochocientos caballos. Ni por esta superioridad de fuerzas desmayó el valiente monarca. Ordenó que reunidas sus tropas en campamento se preparasen espiritual y temporalmente, y tan luego como se divisaron las avanzadas enemigas esperó tranquilo formando la línea de batalla. El 18 de octubre de 1254 fué el golpe mortal del usurpador *Zaén* pues destrizada su gente por el reducido ejército cristiano corrió despavorido á encerrarse en los muros de Valencia. Para reponerse, pues, don Jaime de la mucha pérdida que tuvo en esta gran batalla y seguir con aliento la empresa, retiró sus tropas al castillo del Puig, jurando, no obstante, no pasar el Ebro hasta conseguir la conquista de la plaza. Durante esta tregua envió el rey moro un embajador de su entera confianza con proposiciones de paz: ofreció ceder todos los castillos y plazas que había desde Valencia á Tortosa, y desde aquí á Teruel, ó lo que es lo mismo todo el país que media desde el Guadalquivir hacia la parte de Aragón y Ca-

taluña. Se obligó además á pagar el tributo anual de diez mil besantes (cada besante eran nueve sueldos barceloneses, poco más de seis reales castellanos) y ultimamente se comprometió á edificar un alcázar para don Jaime junto á Valencia. Así continuaron las cosas hasta que en la cuaresma de 1258 se entregaron por convenio muchos castillos de las inmediaciones de la ciudad, y se determinó poner el cerco con mucha alegría y algazara de los soldados.

Aumentados los tercios y escuadras con la gente que de refresco vino de Aragón y Cataluña, hizo movimiento el ejército entre los victores y aclamaciones á don Jaime, sentando sus reales en el punto que ocupaba el Monte-Olivete. De allí avanzaron al pueblo de Rusafa, muy cerca de los muros de Valencia; pero habiendo pedido los árabes socorro á Túnez, les enviaron doce galeras y seis fragatas con gente de desembarco, cuyo auxilio llegó precisamente cuando estaba dando el asalto; asalto en el cual penetraron los de Lérida hasta la mitad de la brecha, aunque fueron después rechazados. Luego que don Jaime avistó las galeras mandó que se situara una emboscada á la inmediación del mar para impedir el desembarco; mas apercibidos los contrarios de la estrategia no se determinaron á saltar á tierra, contentándose con iluminar las naves para que los viesan y se animaran los sitiados. Tocarón sus tambores, instrumentos y añafilés, á lo cual contestaron los de Valencia poniendo luminarias en sus torres. También don Jaime mandó hacer lo mismo en su real, y por entretenimiento echó algunos fuegos hasta dentro de la ciudad.—De esto viene la costumbre, que aun se conserva en Valencia, de hacer fiesta la noche de San Dionisio: se adornan las confiterías con una especie de lazos y cohetes de dulce á que llaman vulgarmente *piuletes* y *tronadors*, como viva representación de los fuegos de aquel sitio; y es costumbre en tal noche que los novios regalan á sus novias, á cuyo regalo llaman *fer el mocador*.

Viendo, pues, las galeras lo imposible que era socorrer á los sitiados revolviéron sobre Peñíscola; pero acudiendo también allí la armada de Tortosa se travó un ligero combate que las obligó su regreso á Túnez sin haber logrado el objeto.—A todas horas había escaramuzas entre los árabes y los caballeros cristianos, y en una de ellas se apoderaron estos del arrabal de la ciudad conocido por la Xarxa.—Cierta día cabalgaba el rey don Jaime desarmado: de repente se vió envuelto en la refriega y por detener á dos suyos, que se habían cebado demasiado, fué herido de una saeta en la cabeza. Para no desalentar á los cristianos entró riendo en el campo, aun cuando después tuvo que guardar cama cinco días porque se le hinchó mucho la cabeza. Indignados algunos caballeros con esta ocurrencia y buscando la justa represalia, atacaron, sin permiso del rey, la torre de Boatella; pero fueron rechazados con bastante pérdida. Esto disgustó sobre manera á don Jaime, y llamados á su lecho los caballeros y nobles más influyentes, les hizo ver, que no debía emprenderse cosa alguna cuando no pudiera concluirse, porque de lo contrario era lo mismo que envalentonar á los contrarios. Sin embargo, mandó combatir la torre al día siguiente, y el resultado fué quemarla con todos los defensores que había dentro.

Amaneció el 12 de setiembre de 1258 cuando envió *Zaén* una lujosa embajada con su sobrino Albu-Almelet, ofreciendo á don Jaime todas las riquezas y tributos que quisiera exigir; pero el rey que no ignoraba lo acosados del hambre que estaban en la plaza, y lo escasos de fuerza para resistir el ataque le contestó con arrogancia que no había puesto el cerco para levantarle sino para tomar la ciudad; y así que no admitía mas condición que *entregarla*. Dijo entonces el embajador que no podía determinar nada respecto de la entrega de la ciudad sin contar primero con su rey y señor, para lo cual volvería dentro de tres días con la respuesta.—Tanto afigió á *Zaén* la constancia invencible de los cristianos que llamó á su

palacio un gran consejo de las personas mas influyentes para tratar el asunto. Reunido en efecto les manifestó francamente el estado lamentable en que se encontraban; la negativa de don Jaime a todo género de condiciones, y por consiguiente que escogieran una de dos cosas, ó resistir hasta perecer ó entregar la ciudad, á cuyo definitivo fallo uniría con gusto su suerte. Conociendo, pues, los árabes que muy pronto iban á ser víctimas del hambre y que el ejército cristiano era ya superior en número, valor y fortuna, se resolvieron por lo segundo, sin mas condicion que los dejaran salir libres con las alhajas y muebles que pudieran llevar. Al tercer dia volvió al mismo embajador al real de los cristianos, y despues de conferenciar se convino por ultimo la entrega de la plaza bajo las condiciones siguientes:

I. Que Valencia se entregaria á don Jaime con todos sus fuertes, torres y armas, en el término de cinco dias.

II. Que en el mismo quinto dia saldrian todos los moros de la ciudad, dándoles salvo conducto para marchar á Cullera ó Denia, donde se embarcarian ó tomarian la mejor determinacion que les conviniera.

III. Que podrian sacar todas las ropas, dinero y alhajas que pudieran llevar sin peligro de que los registraran los cristianos.

IV. y ultima. Que si algun árabe queria darse como vasallo de don Jaime, tendria que vivir precisamente en los arrabales.

Estas condiciones, que fueron cangeadas y ratificadas por el embajador árabe, se firmaron en el real de don Jaime.—Reunido despues el rey á todos los caballeros y obispos que le habian acompañado en aquella gloriosa expedicion les dijo con entusiasmo.

—¡Valencia es mia, señores!

No habia acabado de pronunciar esta palabra el rey, cuando un grito general de alegría resonó en toda la tienda, que al momento se repitió en todo el campo, aunque algunos sintieron el arreglo amistoso porque deseaban

entrar á saco en la ciudad. Los obispos rodearon al rey formando un círculo, y allí mismo cantaron el *Te Deum* en accion de gracias por tan fausto acontecimiento.

Los árabes, acosados por el hambre, no pudieron aguardar ni aun los cinco dias estipulados, puesto que al tercero avisó *Zaén* que estaban prontos para la partida. El rey don Jaime mandó que trescientos caballeros custodiasen los árabes que salian por la puerta de la Xarca.—El aspecto de tal emigracion era en extremo lastimoso é imponente: mas de cincuenta mil personas adultas, sin contar los niños, seguian silenciosos al rey moro *Zaén* con su corte derramando abundantes lágrimas y volviendo la cara sin cesar á la ciudad deliciosa que dejaban al vencedor. ¡Dia aciago para ellos fué el 27 de setiembre de 1258, que se verificó la espulsion, y de gloria para las armas cristianas que cogieron el fruto de cinco años de privaciones y de combates encarnizados!

El dia 28 al romper la aurora las negras nubes de Morfeo, todo el campo se vistió de gran gala disponiéndose como si hubiera de entrar en batalla.—Avanzaron, pues, las tropas hácia la amena ciudad, que los árabes comparaban con la famosa Tarsis de Salomon, y se verificó por fin la entrada con toda la pompa y alegría consiguiente de los cristianos.

Iba montado el rey don Jaime al frente de sus tropas en un soberbio caballo encubertado, armado de todas armas, con paramentos azules y encima su sobreveste real y almete en la cabeza. En esta solemne entrada fué cuando comenzó á usar por primera vez en la cimera de su casco el *murciélago* como señal de la vigilancia que habia necesitado tener y de la prudencia y maña, tanto para contener á los suyos, como para vencer á los contrarios.—Hoy mismo las barras de Aragon y el *murciélago* encima, con dos L.L. á los lados, son las armas de Valencia que entonces se adoptaron, y que han sido respetadas por mas de seiscientos años.

JULIAN SAIZ MILANÉS.



Vista de Valencia.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

DOS NOVELAS.

INTRODUCCION.



Erase un café adornado con gusto y esquisito lujo: la sala principal tapizada de papel pintado de grana y oro, resplandecía con las luces gaseadas de muchas lámparas, que pendientes del techo ostentaban la esbeltez de sus remates alifanados, y que al lanzar sus rayos á todas partes, hacían brillar como si fuera de oro, el listel que terminaba la colgadura de las paredes. Las mesas ya rectangulares ó en figura de círculo, según lo permitía la forma irregular de la sala, enseñoreaban sus tableros de mármol blanco; sofás bastantemente cómodos por la elasticidad de sus muelles y tapizados de terciopelo de realce; taburetes forrados del mismo realzaban la riqueza de la sala, completando por último su decoración, espejos claros y tersos de dimensiones considerables, que diariamente podían envanecerse con ser los que fijaban la posición del último pliegue, ó que deshacían la última arruga de la corbata, de la juventud mas florida de la corte, ó al menos mas enterada de las modas de París, y de las novedades del día.

Acababa de anochecer y principiaban á bullir en esta sala muchos personajes, los mas jóvenes y vestidos con esmero, que se mantenían los unos de pié y formaban corro, mientras otros, mas madrugadores ó afortunados, estaban sentados al redor de las mesas.

Como yo acertase á pasar por la calle donde está situado, y á la sazón comenzara á llover, discurrí meterme allí, haciéndolo como los perros en la iglesia, porque levantó otro el tapiz, y aunque en aquel sitio me hallaba tan aturdido como gallina en corral ajeno, no me pesó despues que conseguí colocar mis huesos en un rinconcito desde donde narcotizado con la crasitud de la atmósfera que se formaba con los vapores del tabaco y del café, escuché la conversacion que voy á referir á los lectores del Museo, por si puede servirles de algo para conocer y apreciar á los muchachos del día. Manteníanla cuatro jóvenes, cuyos retratos bosquejados ligeramente son poco mas ó menos así: uno pálido y delgado, de crecida estatura, semblante risueño y decidido; en sus maneras altivas y de buen tono, manifestaba la vanidad de un señorito ilustre, mal criado y voluntarioso; su traje era esmerado, lo llamaban Jacinto sus amigos, y su talento no demostraba ser mas cultivado ni profundo, que el que conviene á ese barniz confuso y ligero que poseen hoy los muchachos calificados y presumidos de inteligentes y de rápida imaginacion.

El segundo era un Luisito, tan pequeñito y tan vivo como el diminutivo de su nombre, tambien elegantemente vestido, cabellos ensortijados, al parecer amigo íntimo de Jacinto, compañero de locuras y de truce-

nos, como ellos mismos decían, pero que tan raquítica como era su persona parecían sus ideas y su fisonomía, pues no se descubría en ella ni uno de aquellos perfiles, de aquellos contornos que revelan en la fisonomía del hombre, algun instinto noble, generoso ó delicado. Su conversacion era exagerada, petulante y de mal tono.

El tercero, que se me ocultaba por estar dándole la espalda, parecia jóven de buen humor, de estos que no tienen otro deseo que divertirse, y por sus palabras se descubria que aunque para él no habia pasado la edad de las pasiones, se encontraba amarrado con la cadena que en la vida rompe solo la muerte. Le llamaban Soto-Verde.

Pero el que mas fijó mi atencion, era el que sentado con descuido y apoyado su brazo en uno de los ángulos de la mesa, sostenía su cabeza por la frente con la mano y pareció por largo rato indiferente á la conversacion de sus amigos.

A su fisonomía pálida y hasta cierto punto severa, la dulcificaba la expresion de su mirada que era cariñosa, reflexiva y triste; en los pliegues hondos de su entrecejo ligeramente contraído, y que mantenía sus cejas negras y espesas en continua proximidad, se adivinaba que mas de un pesar preocupaba su ánimo fuertemente; en su mediana estatura y lo delgado de sus formas se traslucía que la naturaleza habia empleado mas esfuerzo en desarrollar su espíritu que su cuerpo, y ultimamente, su bigote negro ligera y descuidadamente rizado, sus melenas lascias, su vestido desaliñado y el hallarse envuelto en una ancha capa, le hacían aparecer á mis ojos ajeno á toda pretension de agradar. En una palabra, en su ademan tranquilo pero resuelto, y en sus ojos de poco movimiento pero escrutadores, un fisionomista y frenólogo que le mirase por primera vez, hubiera asegurado sin vacilar que su expresion característica era la de no retroceder en las consecuencias de una idea calculada de antemano. Su nombre no sé cual es, pues que no le citaron durante la conversacion.

Cuando estuve bastante cerca de mis observados para comenzar á escucharlos, decia el Luisito:

—Esta noche tengo una cita en el Circo.

—¡Hola! ¿con quien? preguntó Jacinto.

—Con una muchacha.

—Eso ya lo supongo, le replicó, pero yo lo que preguntaba era que con cual de tus innumerables amadas.

—Tú no la conoces; solo te diré que es una chica como una perla que está loca por mí.

—¿Y tú la quieres?

—Yo no quiero á ninguna.

—Pero tú la dirás que estás muerto por ella, que no puedes vivir sin verla, &c. &c.

—Toma, la digo lo que á todas; mi fórmula favorita: empiezo por afirmar con acento conmovido que sus ojos encantadores me han fascinado, que desde que la vi no sosiego un momento, que siempre su recuerdo, siempre su sombra me persigue, y que su desamor me haría acabar con la vida; de esta manera las ablando, las apuro, las estrecho con mis protestas de cariño, y....

—¿Y qué te contestan?

—Todas lo mismo; que no se puede creer en los hombres, particularmente en los jóvenes de esta generacion.

—¿Y qué razon tienen! exclamó el mas taciturno de los congregados, el de la ancha capa.

—Ademas, proseguia el enamorado; como tengo esta

fama maldita de enamoradizo y mala cabeza, no me dirijo á ninguna que no me arguya, «sino fuera vd. tan calavera; lo mismo que á mí dice vd. á todas.»

—Y dicen bien, contestó el de la capa, porque; ¿cómo una muchacha regular ha de hacer caso dos días seguidos á un hombre como tú, de corazón gastado, que el día que arrancas un «te quiero» la miras ya con desden, y si tienen la debilidad de soltar una prenda la desprecias en seguida, y si te reconviene la insultas?

—Yo no las insulto, contestó con calor, pero si son débiles que se aguanten, que lo que quieren todas es encontrar marido para... en fin lo que me dijo una en Cádiz á propósito del matrimonio de una amiga suya joven, con un hombre que la duplicaba en edad. «Para marido aunque sea un palillo basta.»

—¿Y sabes si todas piensan así? ¿y si piensan sabes por ventura por qué?

—Lo que sé, replicó, es que todas las mugeres son unas coquetas, no se aproxima cualquiera á ellas cuando ya le ponen buena cara y luego despues de casadas... me atengo á lo que ha dicho don Ventura de la Vega:

«La que mas santa parece
es porque engaña mejor.»

—Si, tú te atienes á cualquiera cosa porque no sabes mas que hablar mal en el café y decir de las mugeres...

—Lo que dicen ellas de mí: en fin no creo en su virtud, y por lo tanto mientras pueda estoy por lo *positivo*.

—Dices bien, añadió soltando una carcajada Jacinto; mientras que Soto-Verde arqueaba las cejas en prueba de que pensaba lo mismo, si bien no debía manifestarlo por su posicion particular.

—¡Ya, mientras puedas estás por lo *positivo*! he ahí una frase que encierra un principio que produce mas daños en la sociedad que las epidemias, que el hambre y que las revoluciones políticas; esa frase sola inoculándose en el hombre verifica la revolucion en los corazones; frase que desarrolla la ambicion, el egoismo y la envidia, porque solo reconoce los goces materiales; frase inventada para justificar pasiones vergonzosas y degradantes y que anatematizando los goces del corazón, estingue en él los gérmenes de la gloria, de las pasiones delicadas y todo cuanto de generoso encierra nuestra organizacion. Pena de presidio imponia al que la pronunciase siquiera, ¡qué tiene que esperar el mundo de un hombre que á los veinte años dice que está por lo *positivo*!

—Vaya, ya veo, replicó moviéndose, que estás montado á la antigua, sigue echándola de dómine y te lanzarán del mundo á silbidos.

—Me lanzarán si te place, pero no por eso dejaré de decir que eres un ente perjudicial en la sociedad.

—Como todos, contestó Luisito con decision.

—Tienes razon, chico, añadió su amigo Jacinto, sino que este quisiera que todos nos casáramos sin ver lo que despues... vaya, vives dos siglos atrasado y es menester que te convenzas de que se acabó el tiempo de los *primos*.

—Otra buena frase! esta os hace egoistas, aquella malvados; no direis á un amigo vente á tomar café porque seria hacer el *primo*; ¿no es verdad? ¿Cuidareis de no acompañar á señoras desde el Prado, porque pudiera antojarseles entrar en el café ó en el teatro, y tener que pagar los sorbetes ó el palco y seria hacer el *primo*, no es cierto? y luego os envanecereis con vuestra fama de muchachos finos, galantes...

—¿Y qué no lo somos? dijo el diminuto Luis; solo que eso ya no se estila.

—Si, con las mal casadas y con las viejas que sueltan... y hacia al mismo tiempo con el pulgar y el indice de su mano cierto ademan como de contar dinero. Pero ya las pagareis, que yo pienso que dentro de este mundo, tiene el hombre sus compensaciones, y que el que no es juicioso, es decir, el que avanza mucho terreno por un camino, lo pierde por otro.

—Si, pero ahora nos toca gozar, dijo el imperturbable chiquitín.

—Tú te dedicas á la seducción, añadió Jacinto con una carcajada que repitieron todos.

—Si, añadió Luisito, y luego que nos vengam con que el que á cuchillo mata, á cuchillo muere, lo que haya disfrutado que me lo desquiten despues.

—Tú caerás; replicó el de la capa, alguno se encargará en el mundo de vengar las víctimas que tú hayas hecho, si es que no lo hace la Providencia con su inflexible mano.

—¡La Providencia! repitieron todos riendo.

—¿Te vas á hacer eclesiástico? parece que has tendido el paño de púlpito y que nos estás diciendo un sermón, dijo Jacinto.

—¿Conque no creéis en nada?

—En nada, repitieron Luis y Jacinto; la vida es muy breve y es menester gozarla.

—No os burleis así, dijo Soto-Verde, que parecia algo mas formal y mejor creyente; no soy supersticioso pero hay coincidencias tan particulares que le ponen á uno, en el caso de pensar cualquiera cosa; os podria referir una historia de un pariente mio, aunque lejano, historia que me la contaba mi madre muchas veces y que se transmitía en mi familia de una en otra generacion.

—Cuéntala, á versi me conviertes; dijo Jacinto que parecia muy curioso, con eso callará este Cancerbero, añadió cariñosamente dando una palmada en el hombro del de la capa.

—Si, si, Cancerbero porque os digo la verdad.

—Vamos empieza, que se va haciendo tarde y no puedo faltar á la cita, dijo Luisito.

—No, otro día; es muy larga.

—No señor, ahora, le contestaron.

—Si, cuéntala, dijo el de la capa.

—Pues que traigan cigarros; sino me dais cada uno un veguero, no os la cuento.

—¡Mozo! ¡cigarros! gritaron á un tiempo Luisito y Jacinto.

En efecto cada uno encendió un puro, y despedían tantas y tan espesas bocanadas de humo y se disipaban con tanta lentitud por encima de sus cabezas, que casi se ocultaban á mis miradas, mas sin embargo oí claramente la historia, que poco mas ó menos, segun me la recuerda la memoria empezaba así:

ES UNA MEMORIA TRISTE.

NOVELA PRIMERA.

I.



Ninguno de vosotros me parece habreis recorrido las amenas margenes del Vidasoa; de serio que separa los campos de las antiguas Galias y los de nuestra preciosa Iheria; ninguno de vosotros ha tenido ocasion de dejarse conducir en una barquilla de las que surcan sus ondas apacibles para contemplar sus cristas deliciosas, ninguno ha podido considerar aquellas altas montañas cultivadas hasta la cúspide, pobladas de lindos caserios y que se miran retratadas en las aguas cristalinas de su corriente; ¡si vírais qué espectáculo tan magnífico! es preciso haber

renunciado á todo género de esperanza, haber perdido todas las imágenes risueñas de la juventud, para ser indiferente á la influencia que se apodera del ánimo recorriendo estos lugares; es preciso que no lata el corazón, y tener el alma esterilizada, para no colmar la medida del entusiasmo entregándose á los sueños mas agradables, á las mas encantadoras ilusiones.

—Al grano, al grano, interrumpió Luisito, elimina la parte de música celestial.

—Calla, majadero, dijo el de la capa.

—Si me interrumpis, no sigo, dijo Soto.

Esta exclamación impuso á todos silencio, y prosiguió de esta manera.

—En una hermosa tarde de verano del año de 1807, pocos meses antes de la entrada en nuestra patria de las primeras tropas francesas, que al mando del general Dupont ocuparon á Irun y sus cercanías, regresaba lentamente y por lo alto de una colina, una joven aldeana que se dirigía á la casa de una antigua quinta ó de un vetusto caserío, que por la apariencia se deducía debía pertenecer á personas muy principales: marchaba tranquila y alegre al parecer, porque iba murmurando una de esas cantinelas provinciales de letra ininteligible para los viajeros, pero que encantan el oído por la suavidad, melancolía y dulzura de su entonación: andaba despacio por cuidar que no

y formaban una confusión agradable, un conjunto hechicero, hacia el que la pobre aldeana volvía de cuando en cuando sus ojos para darle un adiós, continuando en seguida su camino y su canción, dichosa con la alegría de diez y siete años, fugitiva como la lozania de las flores y que solo deja como ellas un recuerdo, un vago perfume que se disipa pronto, pero que no se olvida nunca.

—Estás hecho un poeta, dijo Luisito.

—Calla, y no interrumpas, añadió el de la capa.

—Así que llegó á la puerta de la quinta, sacudió con fuerza la aldaba á la que contestó el rumor de pasos lentos que iban poco á poco haciéndose mas perceptibles. Por fin abrió la puerta un anciano de estatura elevada, y que se conocía era extraño al país que habitaba, porque vestía una casaca negra y encarnada, á manera de librea de casa opulenta: el anciano acogió con efusión á la campesina trovadora, estrechándola en sus brazos y haciendo brillar en su enjuta fisonomía la mas tierna sonrisa; en seguida la alivió del peso de las flores, la tomó de la mano y juntos cruzaron una galería abovedada y medio derruida, un patio cubierto de vegetación lozana que manifestaba lo poco frecuentado que era y en el que se veían algunos árboles antiguos agugereados, plantados sinfónden y circuidos de piedras desprendidas del edificio. Un poco antes de llegar á la habitación principal, había una especie de torreón con cuatro ventanas ogivales, correspondientes á cada uno de los cuatro paramentos de él y que ofrecía un retiro delicioso y una vista sublime. El Vidasoa con sus mil sinuosidades formando un recodo precisamente por el extremo del jardín de la aldeana; la isla de los Faisanes situada en el mismo río y tan célebre por el desafío que en ella tuvieron el emperador Carlos V y Francisco I, y por el matrimonio de Luis XIV; las campanas de un monasterio cercano iluminadas por los últimos rayos del sol y que animaban con sus sonidos lugubres el tránsito de un alma á otro mundo mejor; además las chozas diseminadas por el valle, los ganados que se retiraban, las barquillas de los pescadores que cruzaban el río en todas direcciones; todo contribuía á formar un cuadro tan animado que no obstante la costumbre de considerarlo todos los días, padre é hija se detuvieron para contemplarlo.

—Permíteme que te diga, amigo Soto, interrumpió Jacinto, que lo que nos estás contando es una verdadera novela. Me parece que estoy leyendo algun folletín del *Heraldo* ó algun artículo del....

—Si no os gusta lo dejaré, dijo Soto, medio picado.

—Al contrario, añadió Luis; nos gusta mucho. Yo me muero por las novelas, y si estuviera en mi mano no habian de publicar los periódicos mas que folletines.

—Y gacetas de la capital que tambien suelen ser muy divertidas, dijo Jacinto.

—Prosigue, Soto, y no le hagas caso, continuó el de la capa: si ellos no te escuchan, yo te oigo con interés.

Soto prosiguió de esta manera:

—Poco rato hacia que el padre y la hija estaban dentro de su habitación, cuando sacudida la aldaba de la puerta con vigor les hizo estremecer.

—¿Quién será á estas horas? exclamó el anciano.

—Abra vd., padre, será algun viajero que ha perdido el camino como empieza á oscurecer, ó tal vez algun criado del amo; me parece como que oigo ruido de caballos.

El anciano se dirigió á ver quien era, trocó algunas palabras á través de la puerta con sus visitantes, y por último abrió y recibió con una profunda cortesía, á un gallardo joven vestido elegantemente, con cierto aire militar, y á quien seguía un criado. El rostro pálido y triste del caballero revelaba esa espresion fatal que dicen se observa en las personas que han de morir prematuramente; sus maneras eran sueltas, pero cariñosas y benévolas.

—¿Con que consiente vd. en darme hospitalidad, amigo mio?



se ajaran una porción de rosas blancas que llevaba sujetas con la falda de su saya, y que sin duda venia de coger en un reducido jardín situado en la orilla del río, y que formaba como una pequeñísima península.

Este jardín asemejaba un canastillo de flores; los espinos que constituían su única muralla, estaban cuajados de enredaderas, y allí los lirios, alhelies, las rosas blancas y los tulipanes y jazmines, embalsamaban el ambiente

—Con muy buena voluntad, porque es demasiada honra para mí.

—¿Y en casa de quién estoy?

—En el caserío del barón de H.... y yo soy su arrendador.

—¡Muy bien! ¿y esta linda joven es hija de vd? añadió fijando la atención en Felicia, que estaba de pie y algún tanto turbada.

—Si señor, dispensadla, está ocupada en teger guirnalda para adornar el altar de la iglesia del pueblo vecino, en la próxima festividad del Corpus.

El recién llegado no podía apartar sus miradas del rostro cándido y celestial de la aldeana, que tímida y pudorosa, con las flores esparcidas en su derredor, y ceñida la cabeza con una corona de rosas blancas, parecía una víctima adornada para el sacrificio.

—Pues que consiente vd. en recibirme, añadió el viajero después de un momento de silencio, tengo que exigir de su atención algunos socorros; con mi caballo he sufrido una caída que me ha lastimado un poco, de modo que no he podido llegar hasta aquí sino con mucho trabajo.

Al punto arrojó lejos de sí Felicia las guirnalda; su padre invitó al viajero que le siguiera á las habitaciones de su señor, y examinadas las contusiones, las vendaron, y fué el objeto de los cuidados mas tiernos. La hospitalidad no podía ejercerse con mas solicitud.

Pasaron de esta manera algunos días. Ventura, que así se llamaba el viajero, no salía de su aposento sino para bajar al jardín: en él pasaba el tiempo en conversar con Felicia, en hacerla cantar las canciones del país, en escuchar las tradiciones, y sobre todo en admirarla, en contemplarla coronada de rosas blancas, porque ordinariamente las flores eran su único adorno. ¡Pobre Felicia! la ponzoña penetraba sórdamente en su corazón; sin sentirlo se iba acostumbrando á estas entrevistas amorosas que casi siempre envenenan la vida, porque cuando se han gustado sus dulzuras no es fácil mas tarde acostumbrarse á pasar sin ellas. Sin vacilar Felicia se había apasionado de un desconocido que debía abandonarla muy pronto, llevándose consigo su felicidad, la tranquilidad de su existencia hasta entonces tan apacible, tan dulce; le amaba con toda su alma, ¡pobre Felicia!

—¡Pobre Felicia! repitió irónicamente Luisito.

—Mira, chico, añadió Jacinto, á estas horas ya estoy enternecido.

—Silencio, exclamó con tono imperioso el de la capa.

Todos callaron y Soto-Verde continuó.

II.

—Presumo que no habrá nadie por cuyas venas circule sangre española, que deje de recordar con orgullo los cien mil hechos heroicos que nos han legado nuestros padres de la gloriosa lucha de la Independencia, á principios de este siglo; las historias os dicen mas de cuanto yo pudiera recapitular, mas sin embargo os recordaré algunos sucesos que tienen relación con la anécdota que os refiero.

Al cabo de seis años de una guerra cruel, al cabo de seis años en que España víctima de las intrigas y defecciones, se vió invadida por los ejércitos de las águilas, y que por la violación del tratado de Fontainebleau se vió sometida por la fuerza militar antes de poderse aprestar para la defensa; dominada por aquellos mismos á quienes al principio recibió con los brazos abiertos, porque demasiado generoso y leal el pueblo español, no recelaba la perfidia de sus designios; al cabo de este tiempo los asuntos políticos y la guerra habían cambiado de fisonomía; el entusiasmo popular llenaba de terror á las falanges de granaderos que habían sometido casi á la

Europa entera, y poco á poco, palmo á palmo se les iba conquistando el terreno que usurparon.

El duque de Wellington hecho por las cortes de Cádiz grande de España y generalísimo de sus ejércitos, desembarcó el 4 de diciembre de 1812 en este puerto, reducto inespugnable de las libertades españolas, donde fué acogido con el entusiasmo con que los pueblos reciben siempre á un vencedor. Se le tributaron tantos y mas honores que á un soberano. Fiestas, bailes, banquetes, todo cuanto puede inventar la fantasía se realizó en obsequio del duque en aquellos días de loca alegría.

Ya sabéis que en aquella época encerraban los muros de Cádiz todo lo mas ilustre que existía en España en talentos, nacimiento y riquezas; pues bien, la marquesa de F.... que todos conocéis, joven y hermosa entonces, mantenía relaciones íntimas con el idolo de aquel tiempo, y por lo mismo no fué la última en proporcionarle recreos y diversiones, que aceptados por el duque lisongeaban su amor propio de muger, pues manifestaba de esta suerte el ascendiente que ejercía en el ánimo del afortunado general.

Una tarde apenas franqueada la puerta de sus salones, cuando empezó la bella marquesa á recibir los homenajes de su pequeña corte. Aderezándose para la fiesta que daba por la noche, estaba en su tocador donde recibía á los amigos de mas confianza, conversando familiarmente con ellos, siendo el objeto de las galanterias mas delicadas, mientras que sus doncellas tegían con sus cabellos abundantes sargas de perlas y que colocaban sobre su frente una corona de rosas blancas de efecto calculado y maravilloso. En tal momento anunció un criado al vizconde de R.... coronel de guardias, primo de la marquesa y joven á quien distinguía con particular afecto.

Venia á despedirse de su prima antes de cumplimentar la orden de regresar al ejército para entrar de nuevo en campaña, donde sin duda debía refrescar los laureles que con abundancia había alcanzado en las anteriores: la espresion de su rostro pálido y severo hizo que le abriesen paso los jóvenes ligeros y aturridos que allí había dispuestos á reir de cualquiera cosa, y llegando hasta la marquesa la saludó cortesmente y tomó asiento á su lado.

La encantadora joven le dirigió una sonrisa y una mirada de aquellas que habían seducido al gran rival de Bonaparte, y le preguntó con dulzura cuando pensaba marchar, si tenía dispuestos sus equipages, y otras mil cosas que manifestaban el interés que le inspiraba su pariente en visperas de lanzarse nuevamente á los azares de la guerra. Las respuestas del coronel fueron todas galantes, concisas y agradecidas; en él tenía una aplicación inmediata el retrato que una célebre autora hizo de uno de sus amantes después de perder por ella la vida.

«Nunca se vió tal conjunto de virtudes; solo le hacian falta defectos, es decir un poco de orgullo, de vanidad y de altivez, porque no existe otro ser que mas se acerque á la perfección; superior á las apologías, quedar satisfecho de sí mismo le bastaba.»

Todos los concurrentes al tocador de la marquesa discurrían hablando entre sí, sobre el buen aspecto de los negocios públicos, y mas que todo sobre los planes de guerra del duque y la nueva campaña que iba á abrirse; y como los mas eran jóvenes militares que acompañaban en sus expediciones al duque se preguntaban:

—¿Dónde iremos ahora? ¿sabes algo por casualidad, vizconde?

—Lo ignoro como vosotros...

Todos pensaban que en la sala, nadie escepto la marquesita conocía los planes del duque, mas sin embargo por una prudente discreción, ninguno se hubiera atrevido directamente á hacer la mas ligera pregunta.

—¿A las órdenes de quién vas? preguntaron de nuevo al vizconde.

—Con el pasaporte me han dicho que recibiré instruc-

elones: ignora á dónde ni á quien acompaño, replicó el joven coronel.

—Mi primo, añadió la marquesa, conoce ya el país, según creo: ¿no hiciste, vizconde, un viaje hace cuatro ó seis años al norte de nuestras provincias de donde regresaste triste y enfermizo?

El joven no respondió y tenía fijas sus miradas en la corona de rosas blancas; mil recuerdos se despertaron en su mente, y desapareció todo cuanto le rodeaba: su memoria le representaba una pobre y reducida habitación de un caserío; sus ojos veían un rostro angelical adornado también de aquellas flores; sus oídos entendían tristes y nocturnas canciones llenas de armonía y de encantos; escuchaba dulces y candidas palabras arrancadas al corazón; miraba cercada su alma de aquella atmósfera de amor y de inocencia que había respirado con tanta delicia en otro tiempo; y en seguida se representaba aquel mismo rostro de ángel deshecho en lágrimas, con los cabellos sueltos y exclamando arrodillada y con desesperación «Me abandonas Ventura ¿cuando volveré á verte!»

Sus labios habían dicho. «¡Pronto!» su corazón repetía «¡Nunca!» y desde entonces un remordimiento eterno turbaba su existencia. Se condolia de la suerte de aquella planta lozana marchitada con su aliento y se echaba en cara su debilidad sin atreverse á medir sus resultados. En este momento y rodeado de opulencia y brillantez le acudían en embrión y confusas todas estas imágenes que no podía arrojar fuera de sí, pareciéndole que una voz desgarradora murmuraba á su oído:

«Me abandonas Ventura ¿cuando volveré á verte!»

La marquesa se sonreía de la distracción de su primo y le señalaba á sus cortesanos.

—Amado primo, qué taciturno y distraído te veo! le dijo: sin duda estás pensando en tus futuras proezas y en el porvenir risueño que te aguarda.

—No prima, pienso en otra cosa; es un recuerdo, una memoria triste que ya se ha desvanecido.

Un año antes en el mismo día y á la misma hora, en una antigua casa de campo de las orillas del Vidasoa y en una apartada estancia, se ocupaba una joven en deshacer su tocado; nadie la ayudaba á destrenzar sus lucientes cabellos, nadie había tampoco que dirigiese una galantería á su hermosura, en vez de un salón brillante de lujo y riqueza, estaba en un gabinete pobremente amueblado; en vez de candelabros de oro que despidiesen torrentes de luz, alumbraba su aposento una lámpara de metal cuyo resplandor palidecía ante los rayos de la luna que penetraba al través de la ogiva ventana. Sobre el tocador había un collar y una corona de rosas blancas; pero el collar estaba roto, las cuentas rodaban y las flores empezaban á marchitarse. Lentamente se desnudaba la joven; silenciosas y elocuentes lágrimas descendían por sus mejillas, pronunciaba á media voz frases ininteligibles interrumpidas de suspiros, y sus miradas inciertas recorriendo los ángulos de la estancia venían á fijarse involuntariamente en la corona que una última vez intentó ceñir á su frente.

—Esto no me pertenece ya; murmuró con amargura, ya con ella no estoy linda, cinco años hace que no sé de él; bastante he esperado. ¡Como mi corazón estas flores están marchitas!

Diciendo de esta suerte las arrojó lejos de sí, no obstante que sus ojos no podían apartarse de su contemplación. Aquel adorno tan sencillez, tan lozano y tan puro en otros tiempos, ahora le parecía desabrido y sin aroma: aquellas flores eran el emblema de su vida.

—¡O Dios mío! exclamó cayendo en el suelo de rodillas, he ahí todo lo que me queda de aquella pasión tan tierna, de aquella felicidad tan brevemente disipada, algunas cuentas que ruedan perdidas, algunas rosas que palidecen, en su corazón el olvido, en el mío una triste y funesta memoria.

III.

«A las márgenes del Sena. Levaremos la guerra, para que siguiendo el ejemplo de vuestros padres, pise de nuevo las lises francesas el león español.»

Tales fueron las palabras que el caudillo británico pronunció en el seno de las cortes de Cadix el día que rodeado de la grandeza de un semi-dictador, fué á tributar gracias por las mercedes que había recibido.

Corrían á esta sazón los primeros meses de 1813, y á pesar de lo derrotado y abatido que estaba el espíritu de los franceses en España, aun les quedaban 40,000 hombres en Valencia y Cataluña, y muchas divisiones considerables que á las órdenes de José Bonaparte iban replegándose hacia el Norte para facilitarse víveres y hacer frente á los diferentes cuerpos españoles que desde la evacuación de las Andalucías se habían levantado en todas direcciones.

Poco tiempo después rechazados por todas partes iban retirándose para ganar la frontera; ya habían evacuado la parte del Norte de España después de la tan célebre batalla de Vitoria, y el general Wellington con Freire, Longa y Giron, decidía atravesar el Vidasoa y penetrar en Francia.

Tomadas todas las disposiciones necesarias, el 8 de octubre de 1813 á las ocho de la mañana y apenas se divisó en las alturas de San Marcial una bandera blanca, signo convencional del ataque, cuando dos divisiones inglesas á las órdenes de sir Tomás Graham, emprenden con arrojo el paso del río cerca de su embocadura, y el ejército español con Freire lo pasa por el frente de San Marcial en tres columnas; al mismo tiempo Longa marcha contra los atrincheramientos de Vera, y Giron con el ejército de Andalucía embiste la montaña de la Rhune.

Dos asaltos infructuosos costó á esta valiente división el empeño de apoderarse de la ermita que coronaba su cumbre; por fin vivaqueó en la falda de la montaña al mismo tiempo que el resto del ejército se hacia dueño de las líneas del Vidasoa. Sesenta oficiales y mas de setecientos soldados entre muertos, heridos y prisioneros costó el pase del río; pérdida sensible pero no cara si se considera que empezábamos á conquistar el terreno francés y que Welington empezaba también á rescatar la prenda que había soltado en medio de la representación nacional.

En un convento de hermanas de la misericordia, situado á orillas del río y muy próximo al lugar del combate, se hacían preparativos para dar los primeros socorros á los heridos; las piadosas hermanas en tanto que duró el estruendo de la batalla rogaban al cielo por las almas de los que sucumbían, sin descuidar el aprestar cuanto era necesario para el cuidado de los que sobreviviesen.

La superiora dispuso que algunas novicias con su maestra se trasladasen al campo de batalla á ofrecer su asistencia á aquellos que por su estado la reclamasen con mas presteza, mientras que las hermanas de mas experiencia hacían hilas y preparaban bálsamos, paños y vendajes; las pobres jóvenes fueron conducidas donde los desgraciados reclamaban sus auxilios, saliendo del claustro cubiertas con sus velos y con el corazón henchido de caritativas emociones.

El sol doraba con sus últimos rayos las copas de los árboles y las campanas del monasterio, el caserío de la aldea estaba destruido, su jardinito no embalsamaba ya el ambiente con el aroma de las flores; sus cuadros no producían mas que zarzas; pero en todo lo demás se reproducía poco mas ó menos la misma escena que algunos años antes; el estruendo del combate había cesado dando treguas á la calma de oraciones. Cuando la barquilla de las religiosas que cruzaban el río llegó á la orilla opuesta, un soldado cubierto de polvo y de humo acompañado de otro mas jó-



ven, que conducían respetuosamente un cuerpo humano cubierto con una capa se dirigió hacia ellas.]]

—Hermanas, les dijo, ¿tendréis inconveniente en dar sepultura al joven y bizarro coronel de guardias vizconde de R... en cuidar del marqués de H..., herido esta maña-

na y en hospedar por esta noche al duque de Wellington? La maestra de novicias se inclinó ante el vencedor, y apresurándose a cumplir con sus deberes cargaron la barquilla con el funebre cuanto ilustre fardo.

Hermana María, conducid estos señores a nuestra



buena madre, y rogad á Dios por el alma del que Dios ha llamado á sí.

El duque con su camarada y dos ó tres oficiales que se habían agregado, se colocaron en un extremo de la embarcación, mientras en el otro se depositó el cadáver á cuyo lado oraba de rodillas una religiosa: apartada de los demas, observó estaba sola, y le asaltó un deseo irresistible de considerar el rostro de aquel noble arrebatado del mundo en la flor de su vida; separó un pliegue de la capa y quedó petrificada.

—¡Dios mío! exclamó; ¡es él, mi Ventura!

—Me lo había figurado, exclamó Luisito.

—Calla con mil santos, gritaron los demas, y Soto-Verde continuó.

—La aldeana Felicia, entonces ya hermana María, acababa de descubrir á un tiempo el nombre y el destino del que tanto había amado, y cuyo abandono la había arrojado á un claustro. Sus ojos no vertieron una lágrima, las grandes penas no tienen llanto que derramar.

Y las aguas del río corrían cristalinas y apacibles como en tiempos de su felicidad, y las campanas del monasterio doblaban entonces como antes por el alma de un difunto..... y nada había cambiado en este admirable país, mas que la vida de una niña inocente, marchitada como las flores que sus manos habían plantado.

—Con que reasumiendo tu historia, exclamó Jacinto, que estaba ya impaciente por hablar, no es otra cosa que

un joven ilustre que engañó á una muchacha, y que despues como era militar, entró en batalla, le tocó un chinarrazo y *laus Deo*.

—Como si eso no se viera todos los dias, ¿verdad Jacinto? añadió el de la capa con socarronería.

—No es solo eso, replicó Soto-Verde; lo que es inespliable, en lo que se ve la mano de Dios, es en que despues de mil combates de que había salido ileso, fuera el vizconde á encontrar el fin de sus dias en el teatro de su deslealtad, al mismo tiempo que los despojos de su amor era el premio único que la Providencia reservaba á la debilidad de una muger.

—Bien; y aunque todo eso sea cierto, ¿qué probará? dijo Luisito, que las mugeres solo sirven para nuestra perdición; ese coronel tuvo un remordimiento eterno desde que conoció á Felicia, y ¿por qué Dios hizo hermosa á esa aldeana? ¿y por qué el vizconde dió la caída del caballo? y por qué.... vaya yo en su lugar hubiera hecho lo mismo aunque despues me frieran en aceite. Desengañaos, la muger es un objeto de lujo, es un juguete las mas veces feo, pocas bonito, que lo echó Dios al mundo para nuestro recreo y diversion. Yo á lo menos así la considero y me vá perfectamente; al son que me tocan bailo; doy con una sentimental y nerviosa, toco los resortes mágicos del romanticismo, y hasta que la hago llorar y ser víctima de una convulsion, no la dejo de la mano; me encuentro al paso con una coqueta, ligera, desdeñosa y presumida, allí de mi inventiva, de las alusiones, de hacerla creer que muero por ella, y cuando piensa que me atrapó, la hago una cortesía profunda, suelto la careajada y la

dejo con un palmo de narices, y si por casualidad me toca acompañar á alguna de esas hermosuras mercantiles y bursátiles, ó alguna andaluza entroncada con grandes ministros y embajadores, ¡oh! entonces... entonces á la que me habla de quintas, carretelas y millones, aunque sin dos cuartos en mi bolsillo, con aire resuelto y protector, la entierro en onzas de oro, y á la que la echa de pergaminos y antiguallas, la hago convencer y convenir en que descendiendo en línea recta de San Fernando, que soy sobrino del Cid, y nieto de San Hermenegildo.

—¿Y que adelantas con eso? preguntó el de la capa.

—Reírse cuando menos, contestó por Luis Jacinto, y luego la que es tonta, y lo son las mas, y le cree....

—Ya, conque según vuestro modo de pensar para nada bueno sirven las mugeres.

—Para nada, replicó Luis, como no sea para hacer perder el tiempo, y no lo digo por mí, que lo tengo demas, sino, ahí tienes á Manolo; era en sus estudios un modelo de aplicación; se enamora, no estudia, pierde un curso y luego otro, abandona su carrera, se casa, y lo tienes por ahí hecho un pobrete matándose día y noche por ganar un pedazo de pan para sus hijos. Mira á nuestro amigo Anselmo, antes tan alegre y calavera, se enamora, su padre no le da la chica y la saca de Madrid; él deja su empleo por seguirla; la quieren poner en un convento, él la obtiene por el vicario; vuelven á Madrid; á Anselmo le abandona su familia por no haberse casado con una prima que le destinaban, y á nuestro pobre amigo le ves ahora taciturno, cabizbajo, porque además de haberle salido su muger una excelente pécora, se vé representando el papel de don Luis, en la comedia de *Contigo pan y cebolla*.

—Si pero no á todos sucede lo mismo, dijo el embozado, yo podía referiros y lo conocéis todos, sucesos de la vida de uno á quien el amor de una muger le convirtió de holgazán en aplicado, y que á una mirada suya debe la reputación de su nombre, su bienestar y su felicidad.

—Mirada revolucionaria y trastornadora era entonces, dijo Jacinto, y no pasará de ser una escepción, porque amores y miradas de esa especie no son ya de moda.

—Pocos hay, pero se encuentran.

—Si, en entes escepcionales, replicó Luis. ¿Y quién es añadió despues de una pausa, ese que dices que conocemos?

—No debo revelaros su nombre, porque yo sé por casualidad algunos pasages de su vida, que ignoro si él despues....

—Pero su historia á lo menos.

—Os burlaríais de ella.

—Te damos palabra... dijo Luis, mirando el reloj, pero que sea breve, diez minutos nada mas puedo permanecer en vuestra compañía.

—En otra ocasión será; no tiene nada de particular, es un episodio muy poco dramático.

—No importa, dijo Soto-Verde.

—Pues allá vá y sea lo que quiera Dios.

DE LA CONSTANCIA ES EL PREMIO.

SEGUNDA NOVELA.

I.

UNA SORPRESA.

Erased un ameno soto de las inmediaciones de Sevilla donde se hallaban reunidos tres jóvenes que iban á cazar y que hablaban de esta suerte:

—¿Qué buen día nos hace, Andrés!

—¡Magnífico! respondió Blas, con eso no habrá el pretesto del mal tiempo para ocultar tu falta de destreza; hoy ó te luces ó te silbamos.

—¿Qué murmurais? dijo el tercero de los congregados.

—Nada, Anton; replicó Blas, iba decir á este que hoy no vamos á cenar mas que lo que se caze, y que juro á fé de Blas que ha de rabiarse de hambre si no trae el morral teñido de sangre y lleno de liebres.

—Aceptado, dijo Andrés; sino traigo diez gazapos mas que Anton consiento....

—¿En qué?

—En no cenar.

Poco despues y repartidas las municiones, el aguardiente, y aun el terreno, se dispersaron marchando cada cual por el sitio que había escogido.

Como acontece muchas veces á los cazadores, no se daban aquel día los conejos con tanta abundancia como se prometían; el sol de un día de setiembre quemaba aun demasiado, y el pobre Andrés había disparado tan solo dos veces su escopeta sin mas fruto que perder la pólvora. Mas de dos leguas había andado ya y se encontraba muerto de cansancio y de sed; por fortuna divisaba cerca la arboleda de una casa de campo y resolvió dirigirse hacia aquel sitio para tomar descanso á su sombra.

—Si esto no es para mí, pensaba mientras llegaba á los árboles, se levanta uno con el sol, anda un hombre tanto como él, por añadidura le quema y se vuelve á casa lo mismo que salió. Y luego dirán; ¡cómo nos hemos divertido! ¡son unos calaveras! dicen que yo soy dormilón indolente, perezoso, como si hubiese placer igual al placer de no hacer nada. ¡Qué delicioso es el dormir! Discurriendo de esta suerte llegó hasta la quinta y viendo que solo impedían su entrada algunas zarzas, saltó por ellas y se encontró en un sitio amenísimo, poblado de árboles y cerca de una fuente que convidaba con su frescura y su murmullo.

—Aquí me instalo y no me sacan ni con palancas, dijo entre dientes y dejando la escopeta á un lado y despojándose del morral, se echó en la yerba y se quedó dormido.

Era el anocheecer y Blas regresaba triunfante y orgulloso á la casilla del soto.

—Patrona, dijo, buena cena; aquí vienen tres pajaritas de río, cuatro conejos y dos codornices; ¿y mis compañeros?

—Aun no han venido, contestó la patrona.

A poco rato llegó Anton y sacó de su morral dos liebres, un conejo y tres palomas.

—¿Y Andrés? se preguntaron á un tiempo.

—No viene.

—¿Si le habrá sucedido algo!

—No, ya vendrá.

Mas de una hora pasaron conversando sobre los azares de la cacería, cuando impaciente, por la tardanza de Andrés salieron á la puerta y gritaban llamándole, con toda la fuerza de sus pulmones. Mas tarde y llenos de sobresalto decidieron salir en su busca y recorrer el soto.

Mientras tanto nuestro buen amigo despertaba asustado por la humedad que sentía y por la claridad de la luna que empezaba á estender sus rayos; se incorporó y se disponía á recoger sus utensilios de cazador, cuando una sombra que se deslizaba por delante le hizo estremecer primero de miedo, despues de admiración.

—¿Es una muger! decía restregándose los ojos; no; no es una muger, es una deidad, es un ángel... es....

Evidentemente Andrés dormía aun ó por lo menos soñaba. Una joven sí, de rara hermosura se hallaba á su inmediación pugnando por coger un dorado membrillo suspendido en una rama demasiado alta para poder ella alcanzarlo. Andrés no pestañeaba siquiera y se decía á sí mismo: —Si salgo y la asusto me tomarán por un ladrón, y si me espero hasta que llegue el día voy á morir de frío. Ul-

timamente venciendo su timidez decidió tentar la aventura; salió de entre los árboles y llegándose junto a ella sin que le sintiera exclamó:

—¡Señorita!

Un grito de espanto y un movimiento de terror fue la impresion que produjo en el ánimo de la jóven.

—Señorita, añadió con tono comedido y respetuoso, nada tema vd.; soy un cazador que perdido en el soto se entró en esta espesura para abrigarse de los rayos del sol, á orillas de esa fuente quedé dormido y al despertar la he visto á vd.; la he admirado y aunque con temor de arrostrar su enojo, no he podido contener mi deseo de ofrecerla por mi mano ese fruto que anhelaba vd. coger y cuya fortuna envidio.

Al mismo tiempo alcanzaba el membrillo y le ofreció cortesmente diciendo.—Solo, señorita, me atormenta ahora la duda, de si la sorpresa que he causado á vd. y mi imprudencia merecen alcanzar perdon.

—¡Qué picarillo! exclamó Luisito: el mocito se aplica, y eso que era tímido.

—Calla, le dijo Soto.

El de la capa prosiguió de esta manera:

—La jóven repuesta un poco del susto, asegurada con las palabras corteses de Andrés, y con la figura y la traza que nada de parecida tenia con la de un salteador le contestó mas tranquila y aceptando el membrillo.

—Está vd. perdonado y le doy gracias.

—Pues entonces me permitirá vd. que me retire.



—¿Y por dónde? preguntó sonriendo.

—Por dónde entré, señorita, saltaré las zarzas y...

—No, no, podría vd. lastimarse; acompáñeme vd. hasta la casa y desde allí un criado le guiará al pueblo.

TOMO V.

—¡Tanto favor!

—No es aun el premio que merece su atencion de vd.

—Pues si aun no es bastante, me consideraré harto pagado, si haciendo una confianza de que soy indigno, acepta vd. mi brazo.

—«Y era tímido ese incauto jóven, pues si hubiera sido atrevido: ¡Qué mundo este! de mí en su lugar me hubieran llamado libertino, y de él dirian que era galante.»

La jóven la aceptó, preguntándole despues con confianza:

—¿Y ha cazado vd. mucho?

—Como dormido quedé, he cazado menos que la que me ha prendido en las mallas celestes de sus ojos.

—La lisonja es ahora un deber... replicó la jóven un poco conmovida.

—No es lisonja, es manifestar lo que siento, contestó Andrés con acento de sinceridad.

—¡Qué tonto! exclamó Luisito, ahí venia como de molde una declaracion; allí de mi fórmula favorita y de...

—Seria menos majadero que tú, que no nos dejas escuchar, prosigue, dijo Jacinto.

Un momento despues se despedia Andrés de la jóven á la puerta de su casa y volviendo á recoger los chismes de caza y hasta la gorra, pues con el aturdimiento dejó en el sitio en que quedó dormido, una hora mas tarde se hallaba con sus compañeros.

—¡Gracias á Dios! ya está aqui; á ver el morral, le gritaban Blas y Anton.

—¡Vacio! ¡vacio! prorumpieron á un tiempo riendo á carcajadas.

—¿Conque no has cazado?

—He dormido, y algo mas, contestó con calma.

—Sí, habrá soñado, dijo Blas.

—Pues no cenas.

Sentados á la mesa y despues de sufrir con calma toda la zumbra que quisieron darle, Blas y Anton devoraban mientras que Andrés distraído y pensativo, sosteniendo la cabeza por la frente con la mano ni comia, ni hablaba.

—¿Qué tienes? preguntó Anton.

—Estará pensando en que ha dormido y algo mas; contestó Blas repitiendo sus palabras en tono de burla.

—Es verdad, dijo Andrés, y algo mas.

En seguida se retiraron á dormir.

Dos días despues agitaba alegremente su látigo el postillon de una preciosa góndola de diligencia que conducia á Sevilla entre otras damas, a la de la quinta; tambien en ella iban Blas, Anton y Andrés que habia guardado silencio sobre su aventura.

Sentadas la dama y Andrés uno frente de otro, lanzábanse mútuas miradas, solo que el cazador no podia sostener la de la jóven, sus ojos le fascinaban, evidentemente Andrés estaba enamorado.

Al cabo de una hora de camino se apearon en la ciudad, el cazador siguió á la dama, y al entrar en su casa, una última mirada produjo una revolucion en el corazon del pobre Andrés.

—Esa seria la mirada revolucionaria, observó Luis.

II.

CUADRO POR CUADRO.

Dos años habian trascurrido desde la escena de la quinta, cuando una noche mostraba á su tertulia una señorita un billete cuyo contenido extraño todos comentaban. Decia poco mas ó menos así:

«Señora, sé que se ha casado vd. y deseo que sea feliz; la amaba á vd. y no la merecia; si algun día, logro alcanzar con mi perseverancia y trabajo, una posición digna de su amistad, entonces, apagada la voz de las pasiones, manifestará sin rebozo la adhesión y pureza de sus cariños—EL DESCONOCIDO DE LA QUINTA.

Al mismo tiempo pasaba otra escena de un género muy distinto en el retirado y pobre estudio de un pintor.

Era por la mañana temprano y poco á poco iban llegando los discípulos y emprendiendo sus tareas, cuando apareció taciturno y cabizbajo, uno á quien todos saludaron de esta suerte:

—Adios, no es ella.

—No es ella, buenos dias.

—Buenos dias, dijo secamente, tomando sus pinceles y su paleta.

—¿No es verdad que te vas quedando muy flaco? reparó uno de sus condiscipulos.

—Es que observa la dieta vegetal, contestó otro; sigue las huellas de Franklin, el de los para-rayos.

—Oh! Andrés es un filósofo, y sino miradle como nos desdena, replicó un tercero.

—Si, pero con nosotros no se enfada, añadió otro con tono cariñoso, porque sabe que le queremos.

Estas y otras burlas las sufría con estoica indiferencia, mientras ponía toda su atencion en el lienzo que le ocupaba. Dos años hacia que asistía al estudio, sus adelantos no eran rápidos pero sí profundos; aquel jóven antes dormilon é indolente era ahora el mas trabajador, el primero que entraba en la academia y el último que salía. Sus costumbres habian variado y trabajaba con la asiduidad del que alimenta una idea única y tenaz.

Al cabo de un rato pasando la manga por el lienzo, para borrar lo que habia pintado, exclamó con desesperacion:

—¡Aun no es ella!

—¿Lo veis? ¡esclamaron todos riendo: aun no es ella!

A este tiempo entró el maestro y el mas profundo silencio se apoderó del estudio. Empezó á corregir y cuando llegó á Andrés, dijo con enfado reparando en el borron de colores que tenia en el lienzo:

—¿Es eso todo lo que has hecho?

Andrés callaba.

—¿Con que siempre lo mismo! haciendo borrones y pintando caritas bonitas, ¿es cosa de que desperdicie yo los lienzos y los colores, en tus mamarrachos?

Andrés estaba avergonzado.

—Sino mudas de intencion, añadió, será preciso que busques otro maestro.

Mañana se fué el artista, y llegada la hora de comer se retiraron todos los discípulos menos Andrés; habia reparado que el maestro dejó puesta la llave de su gabinete, cerrado siempre para todos, y un deseo inesplicable le examinó el asaltó.

Cuando quedó solo abrió con ligereza y sin ruido, y lo primero que divisaron sus ojos fué un cuadro que le hizo exclamar:—¡Es ella! sí, es ella! El cuadro era el de una Eva, alcanzando el fruto menguado que ofreció á su compañero.

—¡Si, es ella! ¡por fin la encuentro! y dilatándose sus pupilas, asomando á sus labios una sonrisa de alegría y presa de un vértigo, abre un cuchillo, rasga el lienzo, y guardando la parte que contenia la figura marcha triunfante á su casa, murmurando entre dientes:

—¡Al fin te poseo! al fin podré contemplarte en mis horas de inspiracion! y no hay ya poder humano que pueda separarnos.

Pocos instantes despues el maestro entraba en la estancia del discípulo gritando con desesperacion:

—¿Adónde está ese miserable? ¿A dónde se oculta ese ladron?

Estas palabras revelaron á Andrés de un golpe, toda la enormidad del crimen á que le habia arrastrado un momento de delirio, se estremeció; pero aun estaba decidido á dejarse arrancar la vida antes que la funesta pintura.

—¡Ladron! no, exclamó con energía Andrés, saliendo al encuentro de su maestro.

—¡Desdichado! ¿quién ha abierto mi gabinete, quién ha rasgado el lienzo del paraíso?

—¡Yo! maestro.

—¡Y no eres un ladron, un miserable! añadió con acento trémulo de cólera, dame el lienzo que me has robado....

—¡Nunca!

—¿Cómo! nunca; ¿ignoras acaso que tu feo delito puede llevarte á un patíbulo, ignoras que puedo arrojarte ahora mismo á la lobreguez de un calabozo....?

—¡Y bien! ¿qué me importa? le interrumpió, allí estare con ella, tendré su retrato á mi lado, la contemplaré cada minuto, y si es preciso morir, sucumbiré guardando ese lienzo sobre mi corazon; ese lienzo que me pertenece, que no me le arrancará nadie.

—¡Estás loco! ¿sabes que esa pintura no es mia, sabes que la tenia en mi gabinete para retocarla, y sabes en fin, que todo lo que poseo no basta para pagarla y que en un solo instante has destruido el nombre de un artista, la fortuna de tu maestro y el porvenir de sus hijos; de mis hijos, añadió con amargura que cuando me pidan pan, no podré hacer otra cosa que enseñarles tu persona y decirles: ese, ese miserable os le ha robado?

—No, eso no; tome vd. cuanto poseo, llévelo vd.

—¡Infeliz! si todo cuanto posees no satisfaria la milésima parte del valor del cuadro. Dame el lienzo y habremos recobrado la mitad.

—No, el lienzo jamás; repitió, pero sus hijos ¡Dios mio! sus hijos no tendrán pan; arruino á mi maestro, murmuraba entre dientes ¡oh es demasiado! trabajaré para vd. veinte años, toda mi vida, llévase vd. mis libros, mis muebles, mis vestidos, llévase vd.... añadió, lanzando un suspiro, ese cuadro que oculta la cortina, pero el lienzo jamás!

El maestro recorrió la cortina y exclamó admirado:

—¡De Rubens! de Murillo!

—No, ¡de Andrés! dijo el jóven; pero llévelo vd. pronto, que no le vea yo, que no sé si tendria valor para separarme de él!

—¿Cómo! ¿este cuadro es tuyo? lo has pintado tú? preguntó con admiracion el artista, dirigiéndose á Andrés y tomándole de la mano para traerle hasta el lienzo.

—Yo, maestro.

—Eso nos reconcilia. Hijo mio, dame un abrazo, eres un compañero, no un discípulo; este cuadro vale mas que el que has rasgado y nos salva á los dos.

—¿Cómo! ¿y á sus hijos de vd. tambien?

—Sí.

—¿Entonces no me quitará vd. mi Eva? preguntó con los ojos brillantes de alegría.

—No.

—¿De veras, maestro?

—¡Oh! dame otro abrazo; sucesor digno de Murillo y de Velazquez, yo te saludo.

Andrés trémulo por tantas emociones, sacó del pecho á su Eva, la contempló con pasion, y enseñándosela á su maestro con desconfianza aun, le decia:

—¿La vé vd., maestro? hermosa es como esta Eva, como ella tiene dorados los cabellos que sueltos como los de esta pintura velan su garganta esmaltando su seno alabastro; el azul de sus ojos tan puro como el del cielo, despiende fuego que abrasa el corazon; sus manos dan celos á la nieve, es su boca de amores, sus labios de coral, y sus pies no huellan como los de esa Eva, la yerba que pisan. ¿La ve vd? allí estaba; añadió con delirio cogiendo de la mano á su maestro y llevándole hasta su cuadro; allí, bajo de aquel lozano membrillero que se ostenta solitario, cerca de la margen de aquella fuente. ¡Ah! pero lleve vd. el cuadro, llévelo vd. pronto, que como ese pintaré otros ciento, como mi Eva, ninguno.

Si, yo pintaré cien paisajes como ese, porque le tengo aquí, decia dándose en la frente, yo los pintaré alumbrados palidamente por los rayos de la luna, en la hora

que aun lucha con la claridad de la tarde; yo reproduciré esa misma cascada que convierte sus aguas en torrentes de perlas, aquellos mismos frutales, aquellas alamedas, aquella fuente solitaria, y en fin, á la reina de aquel pa-

raiso, á ella misma, que la tengo aquí, en mi corazón; á ella misma, maestro, á mi Eva.

Un mes despues leia Andrés un oficio del gobierno en que se le participaba la noticia de habersido agraciado con



una plaza de pensionado en Roma, y al siguiente y á orillas del Guadalquivir, se veia un grupo de jóvenes y un hombre mas anciano que decian:

—Que cazes mas en Roma que en Sevilla.

—Cuidado con el *algo mas*.

—No olvidéis mis consejos, discípulo generoso.

El joven pintor, el buen Andrés, partia por el rio en un buque ligero como una flecha.

III.

LA PEREGRINA Y EL PINTOR.

—¿Cuánto falta para llegar al monasterio? mayoral.

—Cuatro leguas, señor, pero ya esto es lo mejor del camino; ya empezamos á ver los peregrinos; mire vuestra merced á la izquierda y divisará á lo lejos un cordon de gentes.

—Si, tambien dejamos algunos ahí atrás.

—Y muchos mas que encontraremos aun, replicó, si señor, de mas de veinte leguas á la redonda acuden las gentes del pais á saludar á su patrona. Nuestra señora de la Paz es una imagen muy milagrosa, y los vecinos de los pueblos abandonan sus hogares para acudir en masa procesionalmente con sus cruces y pendones. En todas las ermitas del tránsito se detienen, recitan sus oraciones y confunden la frente con el polvo. Yo me contentaba y dejaba el látigo, con las limosnas y donativos que caen en los cepillos del monasterio en semejante dia. En fin, su merced lo verá pasado mañana.

Un coche de camino arrastrado por cuatro mulas vigorosas, conducian á un caballero de edad de poco mas de

treinta años, que tenia retratados en su fisonomía todos los rasgos de un hombre de genio. Se dirigia por un camino transversal del reino de Galicia, á un monasterio que estaba en despoblado. Corria el año de 1852, y un dia claro de sol permitia llevar recorridos los cristales del carruaje, y convidaba á mantener conversacion con el alegre cuanto chusco mayoral.

—¡Camarada! camarada! gritó con todas sus fuerzas cuando emparejó en el camino con un coche mas ligero que el suyo, y á quien no podia adelantar. Cuidado con el eje trasero que va roto.

Los viajeros lanzaron un grito de susto, el conductor detenia el ganado para examinarlo, y mientras conocia el engaño, el mayoral del caballero se le adelantaba sacudiendo alegremente el látigo y riendo con toda su alma.

Mas adelante divisaron entre otros grupos de gentes á una señora vestida de negro, con el velo echado por la cara y que llevaba de las manos dos hermosos niños; dos personas, criados al parecer, la seguian respetuosamente á alguna distancia. La velocidad que llevaba el carruaje no permitió al viajero reparar en las formas de aquella muger, sino solo en su porte distinguido.

—Parece que no son únicos, los aldeanos de las cercanías los que acuden á la peregrinacion, observó el caballero.

—¡Qué, no señor! si tiene fama en toda la cristiandad y vienen gentes de Roma, de Francia y de todas partes de España.

Mas adelante ya no se divisaba otra cosa que grupos que poblaban la campiña, unos que caminaban solos para no turbar su recogimiento religioso y que se arrodillaban ante los calvarios que hallaban á su paso; por otra parte

se distinguía á una familia entera marchando en el órden cronológico de la gerarquía doméstica, y mas allá los mudos, ciegos, paralíticos, enfermos é impedidos de todas especies que acudían á rezar á la santa patrona y pedir por que les restituyese la palabra, la vista, ó la salud.

Ya divisaba nuestro viagero las agujas de la torre cuando le ocurrió preguntar, que hacia tanta gente arrodillada y con la cabeza desnuda en un prado que se descubría á la izquierda, y en conmemoracion de que asunto se celebraba aquella romería.

—¡Ah señor! exclamó quitándose el sombrero, porque pasaban por cerca de los peregrinos que rezaban, ese fué el mas grande milagro de nuestra patrona.

—¿Y bien, cual es?

—Vé su merced aquella montaña ante la que están arrodillados los peregrinos?

—Sí que la veo.

—Pues bien, señor, en el tiempo en que los moros dominaron en España, su merced sabrá mejor que yo que nos arrebataban á título de tributo las mas hermosas doncellas de nuestros pueblos para alhajar con ellas los salones de sus harenes.

—Es verdad, replicó el caballero que iba gustando de la conversacion del mayoral que parecia instruido en la historia del pais en que vivía.

—Ese pueblecito que se descubre en aquel valle debía dar tres jóvenes, y tocó la suerte á una que por su hermosura era el orgullo de sus vecinos y la gloria de uno de los mancebos mas nobles y mas valiente del pais. Despechado de furor y desesperacion decidió defender su amada antes que consentir que las manos tostadas de los africanos ultrajasen su virtud.

Ala sazón que esto ocurría se alzaba en el vecino reino de Asturias el grito santo de independencia que acabó con el vergonzoso feudo de las cien doncellas. El enamorado joven intentó encender los corazones y levantar el pais, pero aunque todos ardian en deseos de vengar su afrenta, eran tan temibles las huestes musulmanas que solo pudo reunir como hasta veinte jóvenes que se ofrecieron generosos á sacrificar sus vidas.

—¿Cómo te entusiasmas! observó el caballero.

—Era una infamia, señor, dijo con ademán enojado, una mengua: pues podían venir ahora á arrebatarme mis hijas que....

—¿Qué harías? le replicó.

—Dejarme tostar vivo antes que abandonarlas.

—Prosigue.

—Pues esa montaña, señor, eran dos en tiempos antiguos, y un estrecho camino cruzaba por sus bases entre falda y falda. Doscientos árabes montados en corceles briosos, se presentaron con orgullo á exigir la satisfaccion del tributo; todo era luto, llanto y consternacion; la perla de la aldea iba á servir para saciar las pasiones brutales de los enemigos de la Cruz. Marchaban ya con su presa y se internaban en el estrecho desfiladero, cuando aparecen por un extremo del campo los jóvenes que se ofrecieron á rescatarlas; divisaron el escuadron de la media luna, agujonearon sus caballos, y enristrando sus lanzas, acometieron furiosos, mas al llegar al pié quedan mudos de admiracion, las dos montañas no eran mas que una sola, la garganta estrecha habia desaparecido, y por cima de la montaña descendían tres doncellas que cantaban: «Gloria á nuestra patrona de la Paz.»

El caballero sonrió de buena fé de su mayoral que prosiguió de esta manera.

—Mas de doscientos infieles están sepultados en el corazon de esa montaña, y repare su merced en aquella raya que la divide por mitad. ¿La ve su merced?

—Sí, hombre.

—Pues bien, señor, antes de las dos montañas una era encarnada y otra blanca, y desde que se juntaron en una, la mitad como vé vuestra merced es blanca y la otra mi-

tad encarnada. No sé despues que rey fundó este monasterio, pero es lo cierto que en él se venera la imagen mas milagrosa del cielo.

Al dia siguiente las campanas de la iglesia del monasterio tocaban á vísperas y los religiosos acudían al coro, mientras que se inundaba de peregrinos la iglesia. En el frontispicio del altar mayor habia colocado un andamio en el que varios hombres trabajaban por fijar un cuadro colosal y magnifico que representaba la imagen de la santa patrona.

Un religioso y un caballero presidían la operacion.

—Esta noche, decia el primero, es preciso que desarezca el andamio.

—Descuidad, padre; solo quiero darle cuatro toques que reservo para cuando esté colocado.

Una hora despues, de pié el artista en el andamio, dirigia una mirada á la nave del templo cubierta de albas, y en un momento sin poderse contener exclamó:

—¡Ella!

La paleta y los pinceles habian caído de sus manos a el cuadro estaba concluido; el lienzo de la santa patrona representaba el mismo rostro que el de la Eva de Andrés, y el mismo tambien que el que el artista habia divisado en la iglesia, y que le hizo exclamar con sorpresa de todos: ¡ella!

Dos meses despues una hermosa peregrina, radiante de juventud y de alegría con dos bellisimos niños y un caballero, entraban en Sevilla cubiertos de polvo, y entre el estrépito de los látigos y cascabeles de una silla de posta.

—¿Qué buen ángel exclamó la joven, me inspiraría, despues de muerto mi primer esposo, el pensamiento de peregrinar, para poner á mis hijos bajo la proteccion de la santa patrona?

—El mismo, replicó el caballero, que llevó al perezoso Andrés á dormir á la quinta, el mismo sin duda que te inspiró aquella mirada que trastornó mi ser, y el mismo tambien que ahora generoso otorga dulce y envidiable premio á mi constancia.

—¡Pues señor perfectamente! exclamó Luis que casi se habia quedado dormido; eso es lo que se llama un amor á prueba de bomba.

—No, dijo el de la capa, eso es lo que se llama tener confianza en el porvenir, y fé en el corazon.

—Sí, ¿pero cuando sucedió eso?

—En 1832.

—Entonces es posible, porque todavia se conservaban algunos amantes de esos pastoriles, contemporáneos de las tertulias de confianza, donde se jugaba á la loteria de cartones, á la oca, ó á la peregrila. Pero desde entonces acá las ideas han progresado y eso evidentemente no es de moda. ¿Con qué nos vamos? Son las ocho.

—Si vámonos, repitieron todos.

Se levantaron de sus asientos, salieron á la calle y yo tambien, porque la lluvia habia cesado, y estaba decidido á dirigirme á casa y escribir lo que habia escuchado, con objeto, señor director, de enviárselo por si queria insertarlo en el Museo.

Aun iban por la calle discurriendo sobre el amor de las mugeres, pero ya no alcanzaba mi oído á seguirles la conversacion, solo si al dispersarse junto á una esquina, oí al de la capa que decia á Luisito.

—¿Con que vas á la cita?

—Sí, y siento que es tarde.

—Pues que no te olvides del vizconde de R... ni del ejemplo del artista Andrés.

—No, chico, yo me olvido de todo, y sigo mis máximas, en cuanto á las mugeres

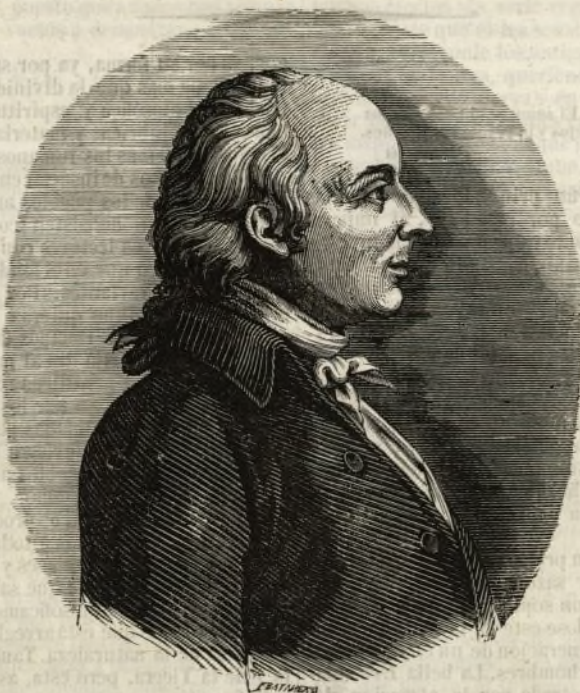
«La que mas santa parece,

«Es porque engaña mejor.»

J. LEGUEY.



APUNTES BIOGRAFICOS.



Don Nicolás de Azara.

Nació este ilustre español el día 5 de diciembre de 1750 en un pueblecito de Aragón llamado Barbuñales, de una familia distinguida. Se dedicó á la jurisprudencia, y empezando sus estudios en Huesca, los continuó en Oviedo y terminó después de diez años en Salamanca, siendo tal y tan alta la opinión que de sus profundos talentos dió, que noticioso de ellos Carlos III, le nombró oficial de la secretaría de Estado en 1760. Cinco años después fué á Roma con el cargo de agente general de España ocupando la silla pontificia Clemente XIII.

Muerto Clemente, Azara influyó en la elección del nuevo pontífice que recayó en el cardenal Ganganeli, y la misma influencia tuvo después del fallecimiento de este en la exaltación de Pío VI con quien conservó relaciones de íntima amistad; y mas adelante en la de su sucesor Pío VII, prestando en el entretanto inmensos servicios durante el largo período de treinta y dos años que permaneció en Roma, entre los que merecen particular mención los que como mediador hizo cuando la invasión de los franceses el mando de Bonaparte, y por los cuales no sólo se grangeó la amistad de este, sino que mereció que Roma le aclamase por su libertador y se acuñase una medalla en honor suyo y con su propio busto.

Desde Roma pasó á Francia de embajador nuestro cerca de la república, y obtuvo el cargo tambien de representante del rey de Portugal; sus servicios en París no fueron menos eminentes que en Roma, pero sin embargo no bastaron á evitar las intrigas de la corte de España y fué relevado de la embajada en 1793. Se vino Azara á Barcelona, después de visitar á Bonaparte que acababa de regresar á Francia de su expedición de Egipto, y por influencias de este, Carlos IV le nombró embajador en París, concediéndole antes la gran cruz de Carlos III cuya placa le puso la reina Maria Luisa por su mano.

Volvió á Francia en 1801; mientras su permanencia en la capital de aquel reino, estuvo alojado en casa de los re-

yes de Etruria, y no contento el duque de Parma con nombrarle su ministro, le confirió para si y sus sucesores el marquesado de Nibbiano y otras seis villas en el ducado de Plasencia, que es uno de los títulos mas antiguos de Italia, si bien de escasa renta. Durante el tiempo que desempeñó esta segunda embajada, obtuvo otros cargos de la misma especie; concluyó el tratado de paz con la Rusia, representó á España cerca de la república italiana en París, hizo un brillante papel en el congreso de Amiens, fué ministro plenipotenciario del rey de Etruria cerca de Napoleón, y por último, en 18 de octubre firmó un tratado muy útil á España; después de lo cual, hallándose en edad muy avanzada pidió su jubilación y pudo conseguirla, no sin trabajo y sin querer admitir los nuevos honores que se le ofrecieron: sólo conservó la plaza de consejero de Estado que habia obtenido en 1793, y la gran cruz de la orden de San Juan de Jerusalem que se le confirió en 1784 cuando estaba en Roma. Separado de los negocios, se disponia á hacer un viaje á Italia, pero le sorprendió la muerte el 26 de enero de 1804, á los 75 años de edad, siendo de todos sentido dentro y fuera de su patria.

No queremos concluir sin hacer una advertencia importante, y es que no nos hemos propuesto escribir la biografía de Azara, porque para ello hubiéramos necesitado mucho mas espacio del que podemos disponer: sólo hemos querido señalar los hechos mas notables de su vida, que escrita por nuestro colaborador don Basilio Sebastian Castellanos, con presencia de los documentos facilitados al efecto por el actual marqués de Nibbiano, pueden ver los que quieran en el tomo primero del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, que estamos publicando; y ha sido la primera vez que se ha dado en España razon estensa de un hombre tan elogiado en el extranjero por su saber y virtudes: Azara habia sido olvidado hasta ahora por los biógrafos de su país.

ARQUEOLOGIA DEL AMOR.

I.

El amor es el tirano de los
viejos y el rey de los jóvenes.
(LUIS XII)

Habiendo tenido el amor un principio como todas las cosas y acciones, está sujeto por este lado, al imperio de la arqueología, y por lo tanto es propio de las investigaciones de un anticuario, máxime cuando es tan antiguo que dijo de él *Casiano* «*ante omnes deos primun generavit amorem*» contándonos en el número de los que se divierten en descubrir los orígenes de las cosas y en descifrar vejez y antiguallas, nos ha dado hoy por remontarnos á buscar el origen del amor, afecto que impera como señor en el corazón humano, haciéndonos el juguete de sus caprichos y manías; y á fin de dar que discurrir á nuestras hermosas sobre esta materia, vamos á apuntar nuestra opinión, fruto de algunas observaciones que acerca de este asunto hemos hecho de este afecto tan interesante á la especie humana y á todos los seres de la naturaleza.

Creó Dios en el paraíso un preciosísimo manzano colmado de un fruto dulcísimo y sazonado. Comunicó á una de sus mas robustas ramas un soplo de vida y de vigor sobre natural, que encerrándose este en la fruta mas lozana y madura, empezó la generación de un efecto celestial é interno preparado á los hombres. La bella *Eva*, madre del género humano, arrastrada por la atracción del eléctrico fruto, le tomó, y al calor de su ardiente mano germinó y se desarrolló el amor, que saliendo de la misteriosa manzana, se lanzó sobre el corazón de *Eva* y pasando despues al de nuestro padre *Adán* con la celeridad del rayo, adquirió, al abrigo de los dos primeros seres el vigor y fuerza necesaria para crear una pasión que en el mismo instante inficionó á todos los seres que la mano de todo un Dios, acabara de crear sobre la tierra. Si este como opinamos no fué el origen del amor, no nos parece debe estar muy lejana su época, puesto que no hay duda de que nació con el mundo, creando á un tiempo satisfacciones y pesares, alegrías y tristezas.

A esta nuestra opinión, no podemos menos de añadir la que los antiguos pueblos tuvieron del origen del amor, porque en vista de todo, puedan nuestras lectoras decidir la mas probable, pues siendo jueces en esta contienda las hermosas, no podrá menos de ser acertada la sentencia, á la cual nos someteremos gustosos, como siempre lo estamos á sus leyes, puesto que preferimos sus dulces cadenas á una estéril y enfadosa libertad fuera de sus hechizos.

Los egipcios, que son de los pueblos mas antiguos de que nos ha quedado noticia, rindieron su culto al amor como todos los pueblos idólatras, y si bien despues le materializaron, le designaron en un principio por medio de unas hachas encendidas, concediéndole de este modo la luz que da claridad y la llama que abrasa al que la toca. Esto tendria presente Platon, cuando dijo que el amor era una mezcla de deleite y dolor y que para hacer mal tiene la actividad del fuego. El origen del amor en este pueblo es espiritual, por decirlo así, y en la teogonia y cosmografía de los egipcios, se hallan misteriosos relatos que remontan su aparición al primer día del mundo como producto del desarrollo del negro caos. Opinión que viene bien con la de *Hesiodo* que dice: *que Dios creó el amor juntamente con la tierra despues que se abrieron las tinieblas del confuso caos*. El Dios *Harpócrates* egipcio, tiene mucha analogia con el *Cupido* de los grie-

gos, ya por su forma, ya por sus funciones; pero ninguno le conviene mas que la divinidad llamada *Priapo*, designación tan filosófica y espiritual entre los pueblos egipcios, como lubrica y material la hicieron despues los griegos, y aun mas los romanos.

Si tratásemos de insertar en este artículo cuantos orígenes dan al amor los pueblos antiguos, los chinos, indios, y otros que aun subsisten con religion idólatra, seria cansar á nuestros lectores con historietas mas ó menos ingeniosas, pero que en el fondo se parecerian unas á otras con pequeñas variantes. Por lo tanto dejándolas para otros escritores que quieran profundizar esta materia, descenderemos á los tiempos de Grecia, señora de la mitología, puesto que ella dió al mundo mas dioses que todos las demas pueblos gentilicos reunidos, ya se tome por sus creaciones celestes, ya por los héroes que divinizó en recompensa de sus cualidades personales. En la parte espiritual de la teogonia griega, tomada del fondo de creencia de casi todos los pueblos antiguos, se halla del modo siguiente el origen del amor. La tierra creó un huevo que fecundado por *Céfiro*, produjo el amor, el cual hizo nacer en medio del caos á todas las divinidades; por este origen de todos los dioses y de todos los seres, puesto que él fué el vástago de que salieron sin otros padres que la tierra y el aire, filosóficamente se comprende bien la metáfora puesto que está arreglado este principio al orden y marcha de la naturaleza. Tambien se le hizo hijo del Cielo y de la Tierra, pero esta, así como el origen de *Flora* y *Céfiro*, no son mas que repeticiones desfiguradas de la fábula anterior.

Abandonando este principio espiritual y descendiendo á materializar al amor, encontramos que la dieron unos por padres á Mercurio y Diana, otros á Vulcano y Venus, otros á Mercurio y Venus, y otros á esta y á Marte á escepcion de Simónides que le hace hijo de Venus, sola razón por la que dice con mucha gracia fray Baltasar de Victoria en su teatro de los dioses, que Venus debia ser como las yeguas andaluzas de quien cuentan que se hacen preñadas sin necesidad de macho.

El célebre Platon separándose de esta opinión, dice que el amor nació hijo de Pono, dios del consejo, y de Perna, diosa de la pobreza, razón por lo que se anida del propio modo en el corazón del que ocupa una miserable cabaña que en el palacio y corazón de un monarca. Refiriéndose á esta opinión el padre Victoria la cuenta de esta manera: «*Celebraron unas solemnes fiestas los dioses en consideración á la buena venida de Venus al mundo, y como no hay buena fiesta sin comida, ordenaron un célebre banquete para regocijar la función. En ella brindóse por todos los dioses largamente con aquel licor divino, y quien debió de alzar mas de codo fué Pono, de suerte que se quedó borracho y se fué á acostar con la diosa de la pobreza en un jardín del dios Júpiter, y casándose, de ellos nació el amor, el que por haber sido concebido en las fiestas de Venus, le designaron los dioses como compañero de esta diosa, que se llamó á si misma fuerzas del amor, segun Virgilio cuando dice en el lib. 1.º de la Eneida. Nate mea vires mea magna potentia solus.*»

De todos estos orígenes, el mas general es el del nacimiento de la union de Venus con Marte, cuyos padres le dieron el nombre de *Antheros*, que aqui vale en lengua vulgar de amor, lo mismo que significaron despues con el de Cupido por el que es mas conocido en la teogonia gentilica.

Los romanos se acomodaron en cuanto al origen del amor, á la opinión de los griegos, y si bien en sus histo-



rias hicieron algunas variaciones, no fueron en el fondo, y si solo adornos mas ó menos ingeniosos, para embellecer una fábula tan linda como instructiva, en la que todos tenemos interés, puesto que á todos nos alcanza el poder del amor, segun vamos á demostrar.

II.

Omnia vincit Amor.
(VIRGILIO.)

Muy bien pensó Rochefoucault cuando dijo que era difícil definir el amor, porque sus efectos y sentimientos son extraordinarios y parecen sobrenaturales. En efecto si hubiéramos de tratar de definirle exactamente, no bastaría para ello toda la inteligencia humana reunida, porque es tan poderoso, que todo lo puede, tan sagaz que nada se oculta á su penetración, tan sabio que nada ignora, y tan grande que no cabiendo en el espacio, ocupa la inmensidad de los cielos uniendo á voluntad, todos los seres y todas las cosas, razón por la que le creemos un espíritu del mismo Dios, puesto que se encierra en su mismo seno el amor que profesa á todas sus criaturas.

Si para apoyar nuestra opinión llamamos á nuestras hermosas para que nos iluminen, ¿nos podrán decir definitivamente que es amor? Sus corazones se hallarán encadenados por su poder irresistible, su voluntad obedecerá á sus absolutos mandatos, y sus acciones ejecutarán sus órdenes sin poder contrariarlas, pero estamos seguros de que no podrán definirnos exactamente al causante de su esclavitud, tirano que tan pronto oprime y sujeta con los dulces lazos del placer, de las gracias y de la risa, como con los terribles hierros de la desesperación, de la pena, de la indiferencia y del llanto. El amor es un fuego que abrasa y que consume, mientras el deseo no satisfecho vive, y que mata muchas veces despues de haber tocado á la llama, y así es que el poeta *Museo* refiriendo los amores de *Hero* y *Leandro*, dijo: que el amor era grave dolor que abrasaba. Virgilio le concedió de sus *Geortias* el imperio universal, puesto que dijo que todos los seres animados en la tierra, aguas y aires, están subyugados al amor; pero como el célebre poeta se refiera solo á los animales, es preciso añadir á su dicho, que tambien le están sujetas todas las plantas, puesto que como la botánica nos lo enseña, no germinan sin recibir en las corolas de sus hermosas flores, el fecundante céfiro que despide otro sexo vigorizador.

Las fieras mas feroces, se humillan ante el amor sometiendo á sus caprichos, y el hombre por él, arrostra todos los peligros, atraviesa los mares tempestuosos sin temor del rayo y de las olas que le amenazan, y hasta pretende escalar al mismo cielo. Este poder irresistible, espiritual y al que todos obedecemos sin ver, exaltó la imaginación de los poetas de la gentilidad, hasta hacerle mas poderoso que el padre de los dioses, puesto que vemos hecho juguete con toda su magestad y poder al venerable viejo, de la voluntad de un niño que tan pronto le convierte en lluvia de oro para fecundar una hermosura, cuando le lleva como zarandillo de Asia á Europa, y del cielo á la tierra tras una belleza fugitiva ó coqueta cómplice del amor.

En las bellísimas medallas de Alejandro el Grande y en muchos camafeos y piedras grabadas de los mejores tiempos del arte en Grecia y en Roma, se ve representado el amor montado sobre un soberbio león, al que lleva á su voluntad como si fuera un caballo; pero lo que mas dice sobre su poder, es un camafeo moderno que hemos visto, de construcción griega, en que juega el amor con dos globos que representan el uno el cielo y el otro la tierra.

Los poetas y los artistas antiguos, representaron al amor bajo la figura de un niño con alas, armado como un guerrero de careax, arco y flechas, á veces con una hacha encendida y otras vendado; y aunque como poder univer-

sal le conceden otros atributos, estos son los mas generalmente indicados. Las alas representan la ligereza con que recorre el mundo, y la venda, que los amantes sienten sus efectos sin verle cegándose de tal modo que solo ven el objeto que él les señala y de la forma que á él le agrada. Pintáronle los antiguos con una rosa en una mano y un pez en la otra, queriendo espresar, segun *Alciato*, que manda en la tierra y en el mar, y lo propio quieren decir las representaciones en que se le vé con llaves en las manos: otros dicen que el arco indica su poder, y la antorcha su actividad y que el dedo en la boca con que le designaron los egipcios advierte discreción á los amantes.

La suprema inteligencia de Júpiter que conoció que él mismo habia de experimentar los males que consigo habia de llevar el amor, quiso ponerse en lo posible á cubierto de sus tiros, decretando que no tuviese lugar en el cielo y así es que como fuese arrojado á los bosques donde aprendió la traza de asestar sus tiros á todos los animales, se ensoberbeció al conocer sus fuerzas, y ni las caricias de una hermosa madre, ni la belleza de sus norizas fueran capaz á domesticarle y hacerle mas humano, si bien adquirió en su misma ferocidad una presencia encantadora, adornada con todos los encantos de la que le dió el ser y de las lindas doncellas á quien fué encomendado.

Dice la fábula, que entregó *Venus* su hijo á las *Gracias* para que se le criasen, y que él se aprovechó tan bien de estas que las reunió en sí todas; por esta razón se le hacia en lo antiguo presidir á la risa y á todos los placeres en los templos que le levantaron los paganos en la isla de Citera.

Hablando Ciceron del amor dice: que era diferente de Cupido, fundándose para ello en la opinión de los griegos que hacian al primero hijo de la *Noche* y de *Erevo*, el que llamaban *Eros*; el cual presidia los pensamientos obscenos y lúbricos, y á Cupido, hijo de *Júpiter* de *Venus*, el que decian que presidia la honestidad é inspiraba ideas dulces y afectos suaves y moderados.

A pesar de la independencia y poder del amor, no disfrutó el siempre de libertad, ni pudo librarse de sí mismo, puesto que encendiéndose, á sí propio, en un fuego abrasador, su ardiente corazón adoró á su abrasada alma, buscando en sí mismo las delicias y sinsabores que se goza en hacer padecer á los seres animados. El amor se enamoró de la bella *Psiquis*, simbolo alado del alma, y esta pasión abatió su soberbia y su orgullo, si bien manifestó su gran poder, puesto que ni aun él mismo pudo ponerse á cubierto de él. Lugar seria este de contar estos misteriosos cuanto gratiosos amores, pero lo reservamos para otra ocasión, por ser asunto que requiere mas extensión que lo que permite los límites de un artículo.

Tenian los austeros lacedemonios tanto temor al amor, que dictaron providencias violentas contra los amantes, de una suerte estraña y singular: siempre que un joven cometia una falta digna de pena, no se castigaba al que habia delinquido sino á la joven ó persona á quien amaba, porque la consideraban culpable de las faltas de la persona amada. Muy buena podría ser y muy filosófica esta doctrina en la Lacedemonia, pero ha sido una felicidad para nuestras bellas, el que no se generalizase y haya caído en desuso, por que si hoy, en que casi se ha perdido la caballerosidad, el decoro, el respeto y veneración que se debe á la hermosura, debieran de responder de las faltas de sus amantes, habria hombre que solo por especulación, fingiese querer á una bella, y nuestros presidios serian galerias preciosas de gracias y hermosura mas admirados y estimados, que las de los mejores museos del mundo. Bien se está esta costumbre en el olvido, pues que tambien aquellos amantes debian ser mas virtuosos y su amor mas puro, cuando lejos de exigencias perniciosas, y de amores bruscos y sangrientos, se contentaban con vestir de flores las puertas de sus queridas que rociaban diaria-

mente con vino y leche, con dirigirlas tiernísimas cantinelas llenas de virtud y de candor, y de verdadero amor, fruta muy rara en estos tiempos.

Mucho podríamos decir sobre la arqueología del amor, máxime si entráramos á tratar de los amantes á quienes llama Platon *amigos divinos inspirados de los dioses*; pero no siendo posible hacerlo así, tendremos que dejar por hoy nuestro trabajo. No podemos sin embargo menos de decir á nuestras lectoras que un filósofo hablando del amor dijo: «Que era el mayor mal de todos los males cuando no era el mayor bien de todos los bienes.»

Gracioso á la verdad estuvo *Enrique Nicolds de Leiden* en sus obras de amor, cuando afirmó que los amantes tenían espíritu divino, doctrina que tuvo tantos prosélitos en Holanda que promovió la creación de una secta de amantes que se introdujo después en Inglaterra y siguió hasta que la protectora y verdugo á un tiempo

de los amantes, la famosa reina Isabel, la plugo estinguirla y perseguir á sus sectarios entre los que militaba uno de sus adoradores.

Diremos para concluir que el amor fué el origen de los tiempos primitivos, como lo atestiguan los amores de *Adán y Eva*: el de los tiempos heroicos entre los que se cuentan los de *Paris y Elena* y de *Dido y Eneas*: el caballo de batalla de los tiempos caballerescos, y el que posee en su historia las historias más célebres, como las de *don Rodrigo* y la *Caba*, *Abelardo y Eloisa*, los *Amantes de Teruel*, y otras muchísimas, siendo de notar, que descubrimientos de los más importantes, como son los de la navegación, la pintura, y otras artes le deben toda su gloria en el origen. El amor todo lo santifica con su omnimodo poder, razón por lo que estuvo bien dicho en nuestro concepto lo que dejamos sentado por epigrafe de este artículo: *Omnia vincit amor*.—B. S. CASTELLANOS.



Núm. 1.º dama africana.



Núm. 2.º moro negro.

TRAGES AFRICANOS.

La figura número 1.º representa una dama africana de alta clase con traje antiguo, el cual por su semejanza al de las damas romanas, pretenden algunos autores le tomaron las africanas de aquellas. Se compone este traje de una túnica larga con mangas plegadas y perdidas, alto de talle y cubriendo el seno hasta la garganta. El traje de calle fué este mismo, pero sobre él se ponían un manto negro ó de color que sujetaban á la romana sobre el hombro izquierdo, las pobres con un simple nudo, y las ricas con una chapa, hevilla ó broche metálico, ú sujeto con cordones. Llevaban todas las africanas collares, las pobres de cristal ó cuentas, y las bien acomodadas de oro, joyas preciosas ó corales. En las muñecas usaban pulseras, y en las piernas, que las llevaban desnudas, cerquillos,

do de la misma clase del collar. En la cabeza usaban de un adorno de tela fina de color, como se vé en el grabado, siendo un adorno principal que conservan aun, el pintarse las carnes y teñirse las uñas. El calzado ha sido y es una pantufla ó babucha árabe.

El número 2.º representa un moro negro de Berbería, cuyo traje consiste en una túnica corta, ancha y con mangas cortas hasta el codo, dejando desnudos los brazos y las piernas: sobre esta túnica una especie de alquicel corto y cerrado con un capuchon para cubrirse, y delante abrochado con tres botones. Encima de la túnica interior llevan ceñida la cimitarra musulmana ó el alfange: calzan unos zapatos pantuflas de calzador, pero acabados en punta hacia las canillas.